

El evangelio del reino

El nacimiento del Salvador del mundo en el pesebre de Belén, fue definido como “el nacimiento del rey” (Mat. 2:2) por aquellos sabios de Oriente que le buscaban para adorarle. Este Rey terminó sus días clavado en un madero, tras la burla y el escarnio de quienes le ejecutaron en nombre de la humanidad.

Jesús trajo vida y luz, porque él mismo era la Luz y la Vida. Las multitudes necesitadas recibieron el poderoso efecto del evangelio sanador y luego fueron alimentadas por Su palabra que edifica sobre la Roca firme.

Los siglos han pasado, y el evangelio del reino de Dios sigue produciendo el mismo efecto. Hoy día, hay un pueblo sobre la faz de la tierra que ha heredado una fe y un testimonio indestructible, que tendrá una gloriosa culminación cuando Cristo vuelva con poder y gran gloria.

Entretanto, una plaga con características bíblicas azota hoy al mundo entero. De alguna manera, el Dios todopoderoso ha permitido este dolor y angustia, para despertar a los hombres en estos días en los cuales Su nombre es rechazado y vituperado por una sociedad secularizada y rebelde.

Sin embargo, el Señor es amado y anhelado hoy por quienes hemos creído en él. Son evidentes las señales de su regreso. Anímense los desalentados, y reciban consuelo los santos fieles de la tierra: ¡He aquí, él viene!

Viendo las Bienaventuranzas en el contexto del evangelio del reino.



El Sermón del monte

Rodrigo Abarca

“

Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. Y abriendo su boca les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

— Mat. 5:1-12.

«Viendo la multitud...». Esta es la multitud que aparece mencionada en el capítulo 4: los en-

demoniados, lunáticos y paralíticos, los enfermos a quienes Jesús sanó, las personas que oyeron la predicación del evangelio. De ahí en adelante comienza el llamado Sermón del Monte.

El contexto del Sermón

El Sermón del Monte ha sido poco entendido a través de la historia, no solo por el mundo, sino también por la iglesia. Es importante leer primero el capítulo 4 del evangelio de Mateo, partiendo desde el versículo 12, para entender el contexto, y después veremos algunos puntos específicos.

La idea general es mostrar que esta enseñanza del Señor es una enseñanza orgánica, cuyas partes están profundamente unidas y que debe ser entendida como un todo. El contexto es lo que da sentido a sus palabras. Mateo ha reunido a propósito la enseñanza, poniéndola a continuación del pasaje del capítulo 4, para mostrar que aquello que Jesús enseña está en clara conexión con lo que ha ocurrido antes.

A través de la historia, esa ha sido particularmente la gran dificultad para entenderlo. Si lo vemos como una colección de instrucciones, de

reglas, de mandamientos inconexos entre sí, o como algunos dicen, una especie de Constitución de leyes dadas a la iglesia, no lo entenderemos de manera correcta.

El contexto del Sermón del monte es el efecto del evangelio en la vida de las personas. El evangelio sostiene todo lo que el Señor dirá a continuación. Es lo que el evangelio produce en la vida de la gente lo que explica el contexto de su enseñanza. Estas palabras fueron dichas hace dos mil años atrás, y una de las tragedias del mundo actual es que los hombres han desechado su mensaje.

Nadie conoce mejor que el Señor de qué se trata la vida humana y cómo vivirla. Los filósofos, los intelectuales y los científicos han sido incapaces de resolver tal enigma. Sin embargo, estas palabras han marcado el rumbo de la humanidad a tal punto que, cuando han sido creídas y en alguna medida aplicadas, han cambiado el curso de sociedades enteras.

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mat. 24:35), dijo el Señor. Y así termina el sermón: *«...cualquiera que me*

oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena» (7:26). Esta es una advertencia seria.

Si los hombres desoyen estas palabras, la tragedia será inmensa. Lo podemos ver claramente hoy en nuestra propia sociedad y en general en el mundo. Entonces, vamos a las palabras del Señor, porque nadie sabe responder mejor que él a los anhelos y a las necesidades más profundas de la vida humana.

Algunos dicen que este sermón era para los judíos, pero en realidad es para la iglesia. Otros lo ven como un conjunto de normas mayores que la ley, cuyo propósito es mostrar nuestra incapacidad. Pero ya la ley es suficiente para demostrar eso. El punto es entender qué es lo que nos está enseñando el Maestro.

Llamado al arrepentimiento

Todo comienza con el ministerio del Señor Jesús en Galilea. Primero, Mateo cita una profecía de Isaías acerca de la venida del Mesías: *«Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio*

gran luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, luz les resplandeció» (Mat. 4:15-16).

Mateo está citando la profecía para decir que una enorme luz brilló en la oscuridad. Eso es lo primero. Y el versículo 17 nos explica de qué luz se trata. *«Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado».* La luz de la cual se habla es Jesús mismo.

«El reino de los cielos se ha acercado», significa que el reino está presente y en acción ahora. Por eso es necesario arrepentirse.

En el original griego, la palabra *arrepentirse*, es *metanoia*, que significa cambiar de mentalidad. No es un cambio superficial; la buena nueva de que el reino de Dios está aquí implica una transformación radical de la vida humana.

«Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores» (v. 18). Luego, Mateo ilustra en algunos ejemplos lo que Jesús ha dicho: *«Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado».*

¿Qué significa arrepentirse? Mateo lo ilustra en dos historias. Primero, con Pedro y Andrés. *«Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres»* (v. 19).

Aquellos pescadores estaban absorbidos en su oficio; pero el reino de los cielos llega hasta ellos en Jesús de

se convertirán en apóstoles, pero aquí son solo hombres comunes.

A diferencia de Pedro y Andrés, que tal vez eran jornaleros, Jacobo y Juan eran hijos del dueño de las barcas. Pedro y Andrés dejaron su oficio; en tanto que Juan y Jacobo también dejaron su herencia.

El contexto del Sermón del monte es el efecto del evangelio en la vida de las personas.

Nazaret. Y él les llama a dejar todo lo que estaban haciendo, a olvidar el curso entero de sus vidas, para tomar otro rumbo.

«Ellos entonces, dejando al instante las redes, le siguieron» (v. 20). Es decir, lo dejaron todo para seguir al Maestro, para ir en pos del reino de los cielos. Esto es fundamental para entender el Sermón del monte.

«Pasando de allí, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en la barca con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. Y ellos, dejando al instante la barca y a su padre, le siguieron» (v. 21-22). Ellos

Mateo ilustra aquí el impacto del reino de Dios en las personas. Los discípulos lo abandonaron todo para seguir a Jesús, para tomar otro rumbo, otros intereses – los intereses del cielo.

La multitud que viene a Jesús

«Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y parálíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de

Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán» (v. 23-25).

En la versión más breve de Lucas, hay una referencia muy similar a lo que dice Mateo. *«Y descendió con ellos, y se detuvo en un lugar llano, en compañía de sus discípulos y de una gran multitud de gente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón, que había venido para oírle, y para ser sanados de sus enfermedades; y los que habían sido atormentados de espíritus inmundos eran sanados. Y toda la gente procuraba tocarle, porque poder salir de él y sanaba a todos».*

Lucas y Mateo enfatizan lo mismo. El Sermón está dirigido a una multitud de personas que han venido al Señor. Algunos de ellos, los discípulos, lo han dejado todo para seguirle. Y hay otro grupo de personas que han sido libertados del pecado y sanados de sus enfermedades, han experimentado en sus propias vidas el poder del reino de Dios y están impactados por la persona de Jesús, con sus palabras y sus obras.

«Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos» (Mat. 5:1). Sus discipu-

los son aquellos que él libertó. Quienes seguían a Jesús no eran los poderosos, los ricos ni los sabios de este mundo (aunque algunos de éstos lo hacían para contender con él), sino la gente común, los pobres, los humildes, los enfermos. Esa gente viene a él, a oír lo que él tiene que decir.

Las Bienaventuranzas

Mateo 5:1-12 contiene ocho bienaventuranzas. Hemos oído y leído estas palabras muchas veces. De tanto repetirlas, las cosas suelen volverse comunes; pero no hay nada común en ellas. Son las palabras más extraordinarias que jamás salieron de la boca de un hombre. Nadie ha dicho cosas tan sabias y profundas como el Señor. Por eso, necesitamos socorro para entender.

Lo que Jesús dice es como si diera vuelta el mundo al revés, contradiciendo todo lo que el mundo considerara sabio, bueno y correcto para la vida humana. Lucas entrega una versión más corta del Sermón, que pareciera ser la original. Pero Mateo quiso explicar su sentido exacto, para evitar malentendidos.

Lo primero que el Señor dice es: *«Bienaventurados vosotros los po-*

bres» (Luc. 6:20). La mayoría de los oyentes eran pobres, que no tenían ni aun la capacidad de sostenerse a sí mismos; eran incapaces de producir su propio sustento y dependían de la compasión de otros para existir.

En aquel tiempo las personas nacían pobres, vivían y morían pobres, sin posibilidad alguna de progresar; estaban atadas a una estructura de privilegios que se heredaba y que no se podía cambiar. Era una situación terrible. Y de pronto el Maestro de los maestros dice: «*Bienaventurados vosotros los pobres*».

La palabra «*bienaventurados*» requiere una explicación. Aunque tiene para nosotros un significado religioso, el sentido que le da el Señor es *extremadamente felices* o *dichosos*, realizados en extremo, completos, plenos. Esto es sorprendente. ¿Por qué los pobres deberían ser extremadamente felices?

Y luego, él dice: «*Bienaventurados los que lloran*». ¿Es una bienaventuranza llorar? ¿Se da cuenta cómo las palabras del Señor parecen poner el mundo cabeza abajo? Porque, obviamente, las personas que lo oyen han sido pobres y han llo-

rado toda la vida; han sido maltratadas toda la vida.

«*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*». Lucas dice: «*Bienaventurados los que ahora tenéis hambre*». ¿Qué bienaventuranza puede haber en tener hambre y no tener qué comer? Entonces, recuerde, el contexto es el evangelio; sin el evangelio, estas palabras no tienen sentido.

Ellos son bienaventurados porque el evangelio ha llegado, y para obtenerlo y entrar en él no necesitan riqueza, poder o influencias; solo necesitan creer. Son bienaventurados, porque el reino de los cielos ha llegado, y de pura gracia ellos pueden ser enriquecidos, alimentados y saciados por él.

«*Bienaventurados los pobres en espíritu*». Jesús no dice que la pobreza en sí sea meritoria o produzca algo bueno como tal. Por supuesto, la pobreza no es algo bueno. Lo que él quiere decir es otra cosa.

Cuando Jesús tomaba y bendecía a los niños y los discípulos los apartaban, entonces él reprendió a los discípulos diciéndoles: «*Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los*

cielos» (Luc. 18:16). Y usa la misma expresión: «...porque de ellos es el reino de los cielos». Y luego lo explica: «De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él» (v. 17).

El Señor se refiere a cómo recibir el reino de los cielos. Trasladando esto a los pobres, significa que cualquiera que no reciba el reino de Dios como un pobre en espíritu, no entrará en él.

Recuerde que un pobre es alguien que no puede sustentarse a sí mismo. Entonces, el Señor les dice que si ellos no entienden que son pobres en espíritu y no reciben el reino de Dios de esa manera, no entrarán en él.

Un contraste importante

En Lucas 6:24-26 hay un contraste. Después de las bienaventuranzas a los pobres, a los que lloran y a los que son perseguidos, dice:

«Mas ¡ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! porque lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! porque así

hacían sus padres con los falsos profetas».

Preste atención, pues esto es muy importante. Dijimos que el Señor revierte las cosas, diciendo que aquello que los hombres consideran bienaventuranza es su desventura. A los ojos del mundo, una vida bien vivida consiste en tener riquezas, en pasarlo bien o en ser admirado por todos.

El Señor conoce el corazón humano. Él sabe cuál es la vida que vale la pena vivir. Nosotros los creyentes podemos ser contaminados por las ideas que gobiernan el mundo, aun de manera inconsciente. Por eso el Señor nos habla acerca de estas cosas.

Una sociedad secular

Cuando el Señor vino al mundo, él vino a la nación de Israel. Ellos vivían en una cultura impregnada de la religión judía. Y a pesar de eso, aquella era una sociedad que vivía muy lejos de Dios. Nuestra sociedad, en cierto sentido, es radicalmente distinta a la de aquel tiempo. Pero lo sorprendente es que el corazón humano no ha cambiado.

Nosotros vivimos en una época distinta, en una edad secular (del la-

tín, *saeculum*, siglo). El siglo es el tiempo que transcurre desde la partida del Señor hasta su segunda venida. También «el siglo» es sinónimo del orden del mundo presente: «*No os conforméis a este siglo*» (Rom. 12:2).

Allí, siglo significa el orden social y cultural que rige la vida humana. No vivan sus vidas según la sabiduría o los valores del siglo, «*sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*».

Y ahí vemos que se refiere a lo mismo que señala el Señor cuando comienza a predicar: «*Arrepentíos*», es decir, cambien su mente; no amen lo que el siglo dice que hay que amar, porque una vida vivida según la sabiduría del mundo es una vida que va hacia la ruina.

Esa es la advertencia del Señor. Él está diciendo qué es una vida realmente digna. La plenitud de esa vida no está en la posesión de bienes materiales ni en pasarlo bien.

Todo lo que a la gente le importa hoy es la vida física y material. Esto enseña de manera constante la televisión, el cine, la literatura, los periodistas, los científicos y los sabios del mundo. Todo lo trascendente,

lo eterno, ha desaparecido del horizonte de la vida humana, porque el mundo se ha secularizado totalmente.

Hace unos doscientos años atrás, las personas aún creían que había algo más que la vida en este mundo, y que aquello que contaba al final no era sino la vida eterna. El cristianismo había influido poderosamente en la cultura y en la sociedad occidental. Sin embargo, eso desapareció, y hoy vivimos en una edad secular.

El hermano Timothy Keller lo dice así: «Una edad secular es aquella en la cual todos los énfasis, de la cultura y de la sociedad están en el siglo, o en el mundo, en el aquí y el ahora, sin ninguna noción o idea de lo eterno. El sentido de la vida, su propósito, y la felicidad, se entienden y se buscan en la prosperidad económica del tiempo presente, el bienestar material y la plenitud emocional».

Hoy, la idea es pasarlo bien antes de ir a la tumba. Sin embargo, estas cosas, sin que nosotros lo sepamos, nos afectan, pues son propias del siglo en el cual vivimos. Cuando usted enseña a su hijo inculcándole que si él no llega a ser un pro-

fesional tendrá una vida inferior, le está transmitiendo la sabiduría del siglo. (No estoy diciendo que esas cosas no sean buenas hasta cierto punto).

Contra la corriente del mundo

Las bienaventuranzas parecen ir a contracorriente de la sabiduría del mundo. Según el Señor Jesús, la vida plena no se halla en los bienes y recursos terrenales, sino en buscar el reino de Dios y su justicia.

Y ¿quiénes son aquellos que encuentran esto, según el Señor? Los pobres en espíritu, los que no confían ni dependen de sus propios recursos materiales y aun espiritua-

turanza; pero si el reino de los cielos ha llegado para consolar a los enlutados, entonces son dichosos todos los que lloran. Si usted ha llorado en su vida, pero ha sido consolado por el Señor, ¿no es mejor haber llorado y haber conocido al Señor que consuela? ¡Qué maravilloso es el Señor!

«*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad*» (v. 5). Jesús desarrolla todos estos temas en el Sermón, y aquí está poniendo los cimientos. Según la sabiduría del mundo, ¿quiénes son los que heredan la tierra: los mansos, los que se dejan atropellar sin luchar por sus derechos? Hay

Los de limpio corazón son aquellos cuyo interés supremo en la vida es Dios mismo, y nada más. Ellos verán a Dios.

les para salvar sus vidas, sino que encuentran su salvación en el reino de los cielos y en su justicia.

«*Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación*» (Mat. 5:4). El evangelio cambia la ecuación de la vida humana, porque Jesucristo ha venido. En este mundo, llorar no es una bienaven-

algo aquí que no cuadra, ¿verdad? ¿No son los que levantan la espada, los que heredan la tierra?

Pero el reino de los cielos ha llegado, y la tierra no la heredarán los violentos, sino los mansos; porque el Rey de reyes, que heredó todas las cosas, es manso y humilde como un cordero, y él ganó esa herencia

no con la fuerza, sino con la mansedumbre. Y los que creen en él, heredarán con él todas las cosas.

Buscando el reino de Dios

«*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*» (v. 6). Recuerde que el paralelo de Lucas es «*los que tienen hambre*». Pero el hambre sirve para representar una condición humana; es más que la necesidad de comer: es el poder que mueve casi la totalidad de la vida humana.

Usted se levanta muy temprano cada día, durante décadas de rutina agotadora, y se esfuerza en ello para alimentar y sustentar a su familia. Pero el Señor llama dichosos, no a los que buscan saciar su hambre física de esa manera, sino a los que con igual intensidad buscan la justicia del reino de Dios.

Si entendemos que nuestra mayor necesidad no es el alimento físico, sino la plenitud que viene del reino de Dios, y buscamos ese reino con fervor, entonces seremos bienaventurados, porque éste se revelará en plenitud y saciará nuestras vidas.

En realidad, el Señor se está describiendo a sí mismo. Las biena-

venturanzas se apoyan en él. Todo lo que dice aquí, en primer lugar, es él. Él es aquel siervo manso y humilde, el que persigue el reino de Dios con esta hambre insaciable; él es el que llora y recibe la consolación de Dios.

«*Bienaventurados los misericordiosos*» (v. 7). Estos son los que tienen compasión, los que son como el Padre celestial, que se compadece de los malos, de los injustos, que extiende sus manos de compasión a los que no lo merecen, que ama a los que se oponen a él y son rebeldes. Ese es el corazón de Cristo.

«...*porque ellos alcanzarán misericordia*». Esto quiere decir que, cuando usted se entrega al río de la misericordia de Dios, usted recibirá más y más misericordia. Pero aquellos que son duros, que no se compadecen, nunca experimentarán esta misericordia.

Viendo a Dios hoy

«*Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios*» (v. 8). Aquí no se refiere a personas intachables o moralmente irreprochables, sino a un corazón no dividido, centrado en un solo interés, una sola pasión. Los de limpio corazón

son aquellos cuyo interés supremo en la vida es Dios mismo, y nada más. Ellos verán a Dios. ¿Qué premio puede ser mayor que éste?

Pero el Señor no está hablando aquí de una vida futura, sino presente, esta vida que comienza con la venida del reino de los cielos al corazón por medio del evangelio. Son bienaventurados los que ponen su foco en conocer a Dios y en buscar su reino.

«Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (v. 9).

Entre paréntesis, si usted quiere entender las bienaventuranzas, tome primero la segunda frase, que se refiere al evangelio, y la primera constituye el resultado del evangelio. Entonces, usted toma la segunda parte, y dice *«hijos de Dios»*. ¿Cómo llegamos a ser hijos de Dios? Por medio del evangelio.

¿Qué hace con nosotros el evangelio? Nos hace estar en paz, nos reconcilia con Dios. Y cuando hay paz con Dios en el corazón, entonces la paz viene a ser un elemento esencial de nuestra vida, somos capaces de estar en paz con los demás y nos convertimos en pacificadores.

«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia...» (v. 10). Los seres humanos buscamos siempre la aceptación de los demás, en especial de quienes son más cercanos. Es natural querer ser reconocidos y admirados; sin embargo, muchas personas no son capaces de hacer lo que es correcto, por temor a perder su influencia ante los demás.

Pero el Señor llama bienaventurados a aquellos que, como él, siguen la justicia del reino de Dios aun al costo de perder su propia honra. En el mundo, es dichoso aquel que es admirado por todos; pero a nosotros los creyentes nos basta con la aceptación de nuestro Dios.

Jesús fue despreciado por los hombres, porque él se mantuvo fiel a la justicia del reino de los cielos. Dichoso aquel que es condenado por hacer lo justo delante de Dios. *«Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»*. De ellos es la compasión y el amor de Dios. *«Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo»* (v. 11).

Los que son desventurados

En contraste con esto, ¿quiénes no son bienaventurados? Lo que diremos ahora es un resumen de lo que el Señor dirá a partir del versículo 5 hasta el 8.

Son desdichados aquellos que no tienen una vida digna de ser vivida, sino una vida que finalmente se transformará en tragedia; los vengativos, los que hieren a otro, sea justa o injustamente, los que acumulan riquezas en la tierra.

Son desventurados los que siguen sus propios deseos y pasiones, y por ello rompen sus compromisos más sagrados, cayendo en el adulterio y el divorcio, pretendiendo ser felices. Son desventurados los que obtienen fama o reconocimiento buscando con hipocresía la aprobación de otros; aquellos que fingen ser cierta clase de personas buscando ser aceptados.

Son miserables y desventurados los que se sienten moralmente superiores y se erigen como jueces, juzgando y condenando a otros. (Aun los cristianos somos propensos a esta actitud. ¡El Señor nos socorra!).

Son desventurados los que usan el lenguaje para manipular y obtener ventaja de parte de otros, y aquellos que usan la religión para obtener poder, dinero, influencia o reconocimiento de los demás.

Todas estas personas edifican sobre la arena; pero el Señor nos enseña a edificar sobre la Roca que es inconmovible. En estos días han soplado vientos, aunque no fuertes aún, ¡y cómo se conmueve el corazón, cómo se trastoca la vida humana! «...y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina» (Mat. 7:27). Así caen naciones y sociedades enteras.

«Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca» (v. 24). No caerán aquellos que han edificado sobre la Roca que nada ni nadie puede mover. ¿Dónde estamos edificando nuestra casa? Es la pregunta que intentaremos responder más adelante, considerando más en profundidad el Sermón del monte. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2020.

La expresión práctica del reino de Dios en la vida de la iglesia.



El evangelio del Reino

Rubén Chacón



Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”.

— Mat. 24:14.

La palabra «*mundo*» en este pasaje no es *cosmos*, sino la expresión griega que indica la tierra habitada. Así que podríamos leer así: «Y será predicado este evangelio del reino en toda la tierra habitada».

El evangelio tiene que llegar a las personas, así que donde haya personas viviendo en este planeta, allí es necesario predicarlo. Y dice: «...*para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin*». Esta es una interesante señal; el fin no puede venir sino hasta que el evangelio del reino haya sido predicado a todas las naciones. Por lo tanto se debe entender que, si el fin no ha llegado, es porque todavía falta predicar el evangelio del reino.

En el Nuevo Testamento, cuando se hace mención del evangelio, la mayoría de las veces solo se usa la expresión «el evangelio». Sin embar-

go, aunque con menor frecuencia, hay otras expresiones donde esta palabra va acompañada de un apellido, como «el evangelio de Jesucristo», «el evangelio de su Hijo», «el evangelio de Cristo». En estos casos, su contenido subraya aspectos particulares acerca de la persona de Cristo.

Así también «*el evangelio de la gloria de Cristo*», resalta de manera específica la gloria del Señor. Otra expresión es «*el evangelio de Dios*», la buena noticia de Dios, nuestro Padre; «*el evangelio del Dios bendito*», «*el evangelio de la gracia de Dios*», «*el evangelio de la paz*», «*el evangelio eterno*», son también hermosas expresiones. Y por último, agregamos «*el evangelio del reino de Dios*».

El testimonio de la iglesia

El tema del evangelio es inagotable. Y la expresión «*el evangelio del reino de Dios*» puede darnos una orientación clara respecto a qué le corresponde hacer a la iglesia frente a las contingencias que vivimos en nuestro entorno.

Sin duda, Dios se mueve en la historia, por lo menos en esta dispensación, en función de su igle-

sia. La iglesia es la amada del Señor y es él quien está edificando su iglesia; por lo tanto, creemos que todo aquello que Dios hace y aun permite en los movimientos de la historia está en función de la edificación de su iglesia.

Mateo 24:14 dice: «*Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin*». O sea, antes que venga el fin, Dios quiere a la iglesia como el testimonio de Cristo en medio de las naciones.

¿Será este un testimonio que tenemos que dar solo con palabras? No, Jesús era el testimonio de Dios el Padre entre los hombres, fiel representante del carácter, del poder, del amor, de la misericordia de Dios aquí en la tierra, al punto que él dijo: «*El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*» (Juan 14:9). ¿Cómo es el Padre? ¿Cuál es el carácter del Padre? Podemos decir: «Tal como es Cristo, así es el Padre».

La iglesia es el testimonio de Cristo en la tierra, porque Cristo ascendió al cielo y está sentado a la diestra del Padre, en tanto la iglesia quedó aquí como su testimonio. ¿Podre-

mos decir con toda certeza que ella es el fiel reflejo del carácter de Cristo, del poder, de la gracia y de la autoridad de Cristo? Ahí está nuestro desafío.

No solo palabras

«*Haced todo sin murmuraciones y contiendas*» (Flp. 2:14). Aquí podemos ver cómo Pablo está apelando no solo a las palabras, sino también a la conducta. ¿Cuál es la conducta? Haced todo sin murmurar y sin pelear, «*para que seáis irreprehensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo*».

El apóstol enfatiza la conducta; no solo son palabras. «*Porque no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras*» (Rom. 15:18). Pablo solo quiere limitarse a testificar lo que Dios ha hecho por medio de él, pero ¿cómo lo ha hecho? Con la palabra y con las obras. Y agrega un tercer elemento en Romanos 15:19: «*...con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios*» – palabra, obras, señales, milagros y sanidades.

«*...de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo*». Todo ese campo de acción lo ha llenado el apóstol del evangelio de Cristo, con la palabra, con las obras y con señales y prodigios. Así que, cuando dice Mateo 24:14 que el evangelio tiene que ser predicado en toda la tierra habitada para testimonio a las naciones, debemos entender que es un testimonio íntegro, que no consiste solo en predicar, sino con el respaldo de obras y de señales.

«*...y entonces vendrá el fin*». Esta frase parece indicar que Dios no tratará con el mundo mientras Él no haya levantado a la iglesia como Su testimonio. Dios quiere mostrar a las naciones lo que Cristo es capaz de hacer, de tal manera que, al juzgar a las naciones, él pueda decirles: «¿Por qué ustedes no creyeron, si vieron a través de mi iglesia lo que yo puedo hacer?».

Para que el mundo crea

Pareciera que esa es la idea: será predicado el evangelio del reino para testimonio a todas las naciones y luego Dios tratará con los pueblos de la tierra. Así, es probable

que la razón por la cual el Señor no ha regresado después de dos mil años sea porque la iglesia no ha sido fiel a su misión, porque ella no ha llenado la medida de Dios. Pero nos llenamos de esperanza y de fe, porque a pesar de ello, Dios levantará su iglesia en esta última hora, a fin de manifestar esa medida de Cristo, para que el mundo crea.

el juicio divino tiene que comenzar por Su Casa, imaginen lo que ha de venir después, cuando él trate con los que no son de la Casa. La palabra «juicio», aquí, no es la condenación, pues el Señor no está condenando a su iglesia, sino más bien la está llamando a levantarse.

El juicio de Dios es para despertar a su iglesia. ¿Y qué estamos hacien-

Es claro que somos hijos de Dios hoy, pero aún no se ha manifestado toda la plenitud de lo que significa ser hijos de Dios.

La iglesia no es un pedazo del mundo, es un pedazo de cielo aquí en la tierra, y eso tiene que ser notorio. La gente que no conoce al Señor no puede verlo, porque no tiene vida espiritual, está ciega, está muerta; pero sí pueden ver a los creyentes. ¿Y qué es lo que ellos ven cuando están entre nosotros?

«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?» (1 Ped. 4:17). Creemos que este texto tiene relación con Mateo 24:14. Si

do nosotros? Esperamos un nuevo ánimo del Espíritu Santo de Dios, anhelando que él levante a su pueblo y nos permita manifestarnos como su iglesia santa y gloriosa. «Y: Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador?» (v. 18).

«...y entonces vendrá el fin». Dios tratará con los que no obedecieron el evangelio, con los que fueron rebeldes a la autoridad del Señor Jesucristo; pero solo después de haber tratado con nosotros y haya levantado su iglesia como el testimonio vivo de su Hijo entre las nacio-

nes. Repito: el testimonio no consiste solo en palabras, sino también en obras.

«De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien» (v. 19). Aunque la iglesia sea perseguida y esté pasando por sufrimientos, debe actuar como Cristo. Nuestras armas no son carnales sino espirituales. Nosotros vencemos el mal con el bien, y esto tenemos que hacerlo realidad.

El reino se ha acercado

«Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio» (Mar. 1:14-15).

Consideremos este texto, pues de esta forma comenzó Jesús su ministerio en la tierra.

Aquí queremos destacar dos frases. La primera es: *«El tiempo se ha cumplido»*. La palabra *«tiempo»* ahí no es *cronos*, sino la expresión griega *kairós*, que quiere decir el momento oportuno, el instante justo para dar comienzo a algo.

Todo el Antiguo Testamento había profetizado sobre ese momento. Y ahora Jesús dice: *«Llegó el momento, ahora es»*. *«El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado»*. La palabra *«acercarse»* pareciera sugerir la idea de que algo está más cerca, pero que no llegó aún.

Hay un texto paralelo en Mateo 12. Jesús dice: *«Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios»* (v. 28). Está escrito en pasado o pretérito perfecto. El reino de Dios se ha acercado. En español, quiere decir: *«Ya llegó, y llegó para quedarse»*.

No es que la acción ya ocurrió en el pasado, pero ignoramos qué pasa en el presente. El pretérito perfecto habla de una acción que llegó, pero que continúa. No es lo mismo decir que Dios nos amó, a decir que él nos ha amado. La frase *«Dios nos amó»* afirma que él nos amó en el pasado, pero no aclara si en el presente él nos sigue amando. Eso es el pretérito indefinido.

Pero cuando la Escritura dice que Dios nos ha amado, quiere decir que nos amó en el pasado y esa ac-

ción continúa hoy y hacia el futuro. Dios nos ha amado, nos ama y nos amará por siempre. El reino se ha acercado de tal manera a los hombres, que Jesús dice a Nicodemo: *«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios»*, y luego agrega: *«De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios»* (Juan 3:3, 5).

El reino de Dios está presente, y podemos entrar en él. Y para nosotros que hemos creído, Pablo dice que Dios *«nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo»* (Col. 1:13). Dios nos libertó, y nosotros ya ingresamos y permanecemos en el reino de su Hijo. Jesucristo es nuestro Señor, nuestro Rey. No pertenecemos al dominio de las tinieblas, sino al reino del Hijo de Dios. ¡Gloria al Señor!

La era de lo escatológico

El reino de Dios es una buena noticia. El evangelio del reino de Dios son las buenas nuevas del reino de Dios. Es buena noticia, porque el reino ha llegado en la persona del Rey. Donde está el Rey está el rei-

no; donde es reconocido el Rey, ahí está el reino; donde Cristo es reconocido como Señor, ahí está el reino. ¿Está el reino realmente entre nosotros? ¿La iglesia ha reconocido a Jesús como su Rey?

A los cristianos, en el primer siglo, se les perseguía por declarar que había otro rey. En el imperio romano todo el mundo decía: «César es el rey». Pero aquellos «locos» decían: «Hay otro rey, y este rey es Jesús».

Pero ¿por qué más es una buena noticia el reino de Dios? Porque la llegada del reino en la persona de nuestro Señor Jesucristo, significa que los que creen y entran en su reino han sido introducidos en la era de lo definitivo y lo eterno – lo escatológico.

Los tratos de Dios anteriores a la venida de nuestro Señor Jesucristo eran manifestaciones de vida, por supuesto; pero solo temporales y parciales. Aquello era incompleto e imperfecto; aún no se establecía lo definitivo, lo eterno, lo que ya no pasará.

Por ejemplo, recuerden qué pasaba con el perdón de los pecados. Cada año, el sumo sacerdote debía

entrar en el Lugar Santísimo con sangre ajena y hacer expiación por los pecados de él mismo, de su casa y de todo el pueblo. En cada ocasión, había incertidumbre. «Hemos vuelto a pecar y necesitamos el perdón». Y todos los años había un día establecido; el día del perdón, el día de la expiación.

¡Cómo esas generaciones habrán anhelado y añorado un perdón definitivo, un perdón que resolviera realmente el problema de los pecados! Y así pasaba con todo, con las liberaciones, con los milagros, con las sanidades. Todo era temporal. Una y otra vez se necesitaba una manifestación del Señor.

Pero, cuando Jesús dice: *«El reino de Dios se ha acercado»*, él anuncia que ha llegado lo definitivo, la dispensación final y perfecta. El perdón del Señor es completo; al morir en la cruz, él nos lavó con su sangre de nuestros pecados pasados, presentes y futuros. Él no morirá otra vez, habiendo entrado en el Lugar Santísimo una vez y para siempre con su propia sangre, obteniendo redención eterna. Él nos sanó de todas nuestras enfermedades. La obra de Dios en Cristo Jesús es completa y definitiva.

En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo venía ocasionalmente sobre los hombres y luego se iba. Mas el Señor Jesús dijo: *«Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre»* (Juan 14:16). ¡Bienvenido Espíritu Santo que ha venido a morar en la iglesia, no por un año, no por un milenio, sino por la eternidad! Nos ha sido dado el Espíritu de Dios para siempre. Lo definitivo, lo eterno, ya llegó.

«El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo», dice Daniel 2:44. El reino de Dios es el último reino, y éste ya es una bendita realidad. No vivimos en la época de las sombras, sino en la dispensación de la realidad.

Ya... pero todavía no

Dicho eso, debemos acotar lo siguiente: el reino ha llegado en la persona de Cristo, pero aún no ha llegado la plenitud de ese reino. Una cosa es saber que algo ya comenzó y otra es decir que estamos en la plenitud de aquello. La eternidad ya llegó, el cielo ya llegó, la salvación ya llegó, definitiva, eterna, perfecta, completa; pero aún no

tenemos la plenitud de aquello que se inició con la primera venida del Señor.

La Escritura es clarísima para decir que la era escatológica, lo definitivo y lo eterno, comenzó con la primera venida del Señor. Sin embargo, nada llegará a la plenitud sino hasta que él regrese por segunda vez. Todo lo inicia el Señor y todo lo consuma él; pero eso no nos impide gozarnos, puesto que la resurrección ya está aquí.

La victoria ya es nuestra. Por eso, *«somos más que vencedores por medio de aquél que nos amó»* (Rom. 8:37).

Nada nos puede arrebatar la gloria y el gozo de saber que ya estamos en lo definitivo y en lo eterno; pero necesitamos anhelar el regreso del Señor, porque solo cuando él regrese la iglesia entrará a la plenitud de todas las realidades celestiales.

Los teólogos utilizan una explicación muy clara para esta situación. «Estamos en un **ya**, y estamos en un **todavía no**», ambas cosas a la vez. «Ya», porque con Cristo hemos entrado a lo eterno, pero «todavía no» porque el Señor no ha regresado, y solo cuando él regrese la igle-

sia alcanzará aquella plenitud. «Todavía no, pero ya». Hay una tensión entre lo que Jesús comenzó, que es lo definitivo y lo eterno, y la consumación o la plenitud de aquello, que se alcanzará cuando él regrese.

En 1 Juan 3:2 vemos el «ya, pero todavía no». Dice: *«Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es»*. Es indudable que somos hijos de Dios hoy, pero aún no se ha manifestado toda la plenitud de lo que significa ser hijos de Dios.

Hay otros ejemplos en las Escrituras. Juan dice: *«Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna»* (1 Juan 5:13). Y el Señor, hablando a sus discípulos que lo habían dejado todo para seguir a su Maestro, les dice: *«De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas ... por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo ... y en el siglo venidero la vida eterna»* (Mar. 10:29-30).

Jesús pone la vida eterna en el futuro, y Juan la pone en el presente. ¿Por qué? Porque la vida eterna es: «Ya, y todavía no». En Lucas 21:28, dice: *«Cuando estas cosas comienzan a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca»*. O sea, la redención es «ya y todavía no». La redención ya llegó y nosotros he-

«ya» y el «todavía no». Hay esperanza: el Señor nos dará un cuerpo nuevo. Y en Lucas 21:31 tenemos otro ejemplo: *«Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios»*.

Cuando estos textos hablan acerca de la redención y del reino en futuro, debemos leer así: «Cuando veáis

No hay mejor evangelismo que ser la iglesia que el Señor quiere que seamos.

mos entrado en ella, y podemos afirmar con toda propiedad que somos un pueblo redimido.

Sin embargo, hay un aspecto de la redención que aún no culmina: Dios ha redimido nuestro espíritu y nuestra alma, pero aún falta la redención de nuestros cuerpos. Esto es muy esperanzador, pero solo ocurrirá en el regreso del Señor, donde *«los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptión, y esto mortal se vista de inmortalidad»* (1 Cor. 15:52-53).

La redención es una realidad pasada, presente y futura. Ahí está el

que suceden estas cosas, sabed que está cerca la plenitud del reino de Dios». Y en el versículo anterior: *«Cuando comiencen a suceder estas cosas, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque la plenitud de vuestra redención está cerca»*.

Lo que Dios comenzó, lo terminará. *«...estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo»* (Flp. 1:6). No solo tu espíritu, no solo tu alma; sino también tu cuerpo. *«(Jesucristo) transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya»* (Flp. 3:21).

El reino en la vida de iglesia

Hemos dicho que estamos en el reino del amado Hijo de Dios, en lo eterno y lo definitivo. Solo esperamos, con el regreso del Señor, la consumación de todas las realidades celestiales. Pero ¿qué tipo de vida de iglesia produce el reino de Dios?

Veamos, en Hechos 2:41, el resumen que hace Lucas de la vida de la iglesia en Jerusalén. *«Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas»*. Eran ciento veinte y en un solo día, la congregación pasó a tener 3.120 hermanos. ¡Qué tremendo!

¿Cómo vivían aquellos 3.120 hermanos? *«Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones»* (v. 42). Ellos perseveraban en cuatro prácticas. Y ¿qué debemos hacer hoy nosotros? Simplemente, perseverar en lo mismo, hasta que regrese el Señor.

«...y sobrevino temor a toda persona» (v. 43). ¿Cómo andamos nosotros en relación a esto? Esta clase de vida de iglesia es el fruto del rei-

no de Dios. *«...y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno»* (v. 44-45). ¡Y nosotros estamos dedicados a comprar!

«Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas». ¡Qué bonito! Ellos anhelaban estar juntos, al punto que todos los días *«comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo»* (v. 46-47). ¿Es esta también nuestra realidad? Cómo vivimos nosotros? ¿Estamos llevando el evangelio a los homosexuales, a los drogadictos? ¿Estamos atendiendo a las madres solteras, a los enfermos de SIDA? ¿Estamos teniendo favor con todo el pueblo?

Y el corolario de este tipo de vida es éste: *«Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos»* (v. 47). Aquí tenemos una radiografía de aquella iglesia. ¿Puede haber un mejor evangelismo que una iglesia con estas características? No hay mejor evangelismo que

ser la iglesia que el Señor quiere que seamos.

Después de ese resumen, ¿qué ocurre? Los apóstoles hacían maravillas y señales. Y en el capítulo 3 hay un ejemplo: la sanidad de un cojo, y como producto de la sanidad, la gente fue atraída. Pedro se levantó, igual que en el día de Pentecostés, y volvió a predicar.

Un corazón y un alma

«Pero muchos de los que habían oído la palabra, creyeron» (Hech. 4:4). Y aquellos que creyeron eran como cinco mil. Más 3.120, ya son 8.120. Mostramos esta cifra solo para entender cómo una comunidad de 8.120 hermanos puede vivir de la manera en que ellos lo hicieron.

«Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma» (v. 32). Solo la gracia del reino de Dios, puede producir eso. En circunstancias normales, si hay ocho mil personas habrá ocho mil corazones... pero ellos eran de un solo corazón. El corazón de Jesús, por el Espíritu Santo se expresaba en esa iglesia.

«...y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que te-

nían todas las cosas en común». Había propiedad privada; ellos tenían sus casas y sus bienes, pero ellos no decían: «Esto es solo mío», sino: «Esto es de todos, está al servicio de todos».

«Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos» (v. 33), la buena noticia del reino de Dios con gran poder, con el poder del Espíritu Santo.

Justicia social

«Así que no había entre ellos ningún necesitado». ¿Cómo era esto? Porque *«todos los que poseían heredades o casas las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad»* (v. 34-35). No vendían la casa donde vivían. Los que tenían más se deshacían de alguno de sus bienes y propiedades.

¿Qué tipo de iglesia produce el reino de Dios? Este es el testimonio que tenemos que mostrar entre las naciones. En la iglesia había justicia social; afuera no la hay, y nunca habrá, pues ¿cómo puede brotar la justicia de corazones injustos? Pero

es indudable que en la iglesia debe haber justicia social, porque aquellos que tienen más habrán de desahacerse de parte de lo suyo y suplir las necesidades de los otros.

Dios nos está hablando en estos días, y esto tendrá que comenzar a ocurrir. Y cabe mencionar que no se trataba de que cada hermano iba haciendo misericordia por su cuenta. No, dice que ellos traían todo a los pies de los apóstoles. Había un orden, una tesorería, una administración, y de ahí se repartía.

¿No es maravilloso leer que *«no había entre ellos ningún necesitado»*? ¿Qué ocurriría si alguien nos preguntase hoy acerca de cuál es la situación de los pensionados, entre nosotros que decimos que Jesucristo es aquel que traerá la justicia? ¿Quedaríamos bien parados o no? ¿Y si resulta que afuera, donde no reina Cristo, los ancianos están desamparados; pero en la iglesia de Jesucristo, donde se proclama que reina el juez justo, también están desamparados?

Si alguien piensa que nos salimos de la Escritura al tratar esto, Pablo dice que la iglesia debe hacerse responsable de *«las viudas que en ver-*

dad lo son» (1 Tim. 5:3). Hay un orden. ¿Por qué dice *«las viudas que en verdad lo son»*? Él llama viudas que en verdad lo son, a las que viven solas y dependen del Señor; porque otras tienen hijos y nietos. En este otro caso, *«si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, que las mantenga, y no sea gravada la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que en verdad son viudas»* (v. 16).

Es impactante leer estos textos. Hechos 4:36 menciona a José, llamado Bernabé, como ejemplo de uno de los tantos hermanos que vendió una propiedad y puso lo vendido a los pies de los apóstoles.

El capítulo 5 de Hechos cita el caso de Ananías y Safira, y es hermoso que el Espíritu Santo dé ese ejemplo para que entendamos que esto no es por obligación. Esto es el reino de Dios, esto es lo que opera la gracia. Por eso dice: *«abundante gracia era sobre todos ellos»*, de tal manera que los que tenían más se desprendían para suplir a los que tenían menos.

La Escritura dice: *«El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos»* (2 Cor. 8:15). El que

necesita más recibe más, y tiene lo suficiente, y el que necesita menos recibe menos, pero tampoco le falta. De manera que no hay ningún desamparado. Esto no es algo que se puede imponer, pero esperamos que la gracia de Dios opere en nosotros.

Conclusión

¿Qué es lo que Dios nos está diciéndonos en medio de la convulsión social presente? Creo que los primeros que tenemos que arrepentirnos somos nosotros mismos, pues no estamos alcanzando a cabalidad la medida que el Señor espera de su iglesia. Sin embargo, queremos animarles: tenemos que crecer, tenemos que avanzar.

Es posible que aún haya egoísmo y avaricia; que aún estemos corriendo tras el dinero, buscando tener más y más. Y eso nunca sacia.

¿Por qué los hermanos vendían sus propiedades? Lucas, en su evangelio, tomó nota cuando Jesús dijo: *«No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino»* (12:32). Y acto seguido, el Rey dice: *«Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye»*.

Que el Espíritu Santo de Dios nos hable.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2020.

La fe de un niño

Una pobre mujer cuyo marido había sido enrolado en el ejército federal durante la Guerra de Secesión en Estados Unidos, quedó desamparada con sus cuatro hijos.

Entre ellos había un pequeño de seis años que había aprendido a confiar en el cuidado de su Padre celestial, cuya fe nunca fallaba. Todo el tiempo, él consolaba y animaba a su madre. Cuando el tonel de harina estaba por vaciarse, ella se afligía, pero el depósito volvía a llenarse, pues la caridad de varios vecinos granjeros proveía lo necesario.

Un día, mientras la madre sacaba harina del tonel, el niño se hallaba sentado a su lado sobre el suelo, reflexionando al parecer. De repente, una idea pasó por su mente y levantando la cabeza, exclamó: "¡Madre, me parece que Dios oye cuando rascamos el fondo del barril!".

Samuel Vila

Valorando la presencia del Espíritu Santo
y su obra en la iglesia.



El Espíritu Santo y el reino de Dios

Álvaro Astete

“

Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios ... Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho ... Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

— Mat. 18:28; Juan 14:26; Ef. 4:30.

Morando en nosotros

En Juan 14:26, Jesús habla del Espíritu Santo como el Consolador (gr., *parakletos*). Sin embargo, tal traducción no es lo suficientemente clara, porque *parakletos* señala a alguien que está a nuestro lado para ayudarnos en todo lo que necesitemos. El Espíritu Santo, como nuestro *parakletos*, no solo está a nuestro lado, sino dentro de nosotros.

Si no hubiese venido el Espíritu Santo a habitar en nuestros corazones, las cosas prácticas no podrían ser llevadas a cabo. En nuestra huma-

nidad egocéntrica, carnal, no nos podríamos ayudar unos a otros. Sin embargo, como creyentes, debería ser natural hacer esto, porque el Espíritu Santo habitando en nuestro corazón es quien nos conduce a hacer la obra de Dios.

También tenemos un *parakletos* en los cielos. Juan nos dice en su primera carta. «...y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo». La palabra traducida aquí como *abogado* en el original también es *parakletos*. Jesús es nuestro *parakletos* en el cielo. Él mismo vive hoy para interceder por la iglesia, y muchas veces nuestros nombres han estado en sus labios, para que nuestra fe no falte en la hora de la prueba.

Entonces, es posible vivir esta vida cristiana como corresponde, pues tenemos los recursos que él mismo nos ha dado para hacer su voluntad.

El reino ha llegado

En Mateo 12:28, el Señor hace una conexión preciosa y profunda entre el Espíritu Santo y el reino. «*Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha lle-*

gado a vosotros el reino de Dios». En este contexto podemos decir algunas cosas.

Podemos ver el reino de Dios en dos perspectivas. Una, apuntando al reino que nosotros esperamos cuando Jesús venga a esta tierra. Todo el mundo en aquel día verá su gobierno de justicia y de paz.

Sin embargo, Jesús dice que el reino de los cielos «*ha llegado*». Aquí, él no está señalando a aquel reino venidero. Él lo deja muy claro, diciendo: «*Si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios...*». ¿Cómo lo podemos interpretar? Esto significa una sola cosa: que el reino de Dios *ha llegado*. El reino de Dios también está hoy en la tierra.

Entonces, por una parte, esperamos el Reino como un evento profético a manifestarse. Y creemos que no falta mucho tiempo para ver su cumplimiento. Aún no hemos alcanzado ese tiempo, y lo esperamos. Pero hoy ciertamente vivimos el reino de Dios, o al menos esa debería ser nuestra realidad.

El ámbito celestial

La palabra *reino* significa gobierno; pero también *reino* se refiere a un *ámbito*. Jesús dice que el reino de

los cielos ha llegado, porque lo celestial ya ha bajado a la tierra. Hay un ámbito exclusivo de Dios, que le pertenece a él — su reino. Y estamos conscientes de que hemos sido llamados a habitar en este reino.

El ámbito celestial no se reduce a las reuniones de la iglesia. Aquí hay un entorno espiritual, pero cuando una reunión concluye, este ámbito celestial no se va, sino que seguimos moviéndonos en él. Cuando tú vas al trabajo, al colegio, a la universidad, cuando estás con tu familia, en todo tiempo y lugar, nunca abandonas este entorno celestial. Recordemos siempre esta verdad.

Un creyente nunca sale de ese reino, no tiene permiso para salir de ahí. ¡Gloria al Señor! Por lo tanto es importante que esta idea quede grabada en nuestro corazón. El reino de los cielos ha llegado, está hoy entre nosotros; vivimos en un ámbito celestial que no es de la tierra sino del cielo, pero que está presente aquí, para dar testimonio al mundo de cómo se vive la vida de Cristo.

La obra exclusiva del Espíritu

El reino de Dios está entre nosotros, pero el Señor dijo algo más: «*Si yo*

por el Espíritu de Dios...». Él era el Hijo de Dios, y bien pudo decir: «Yo echo fuera los demonios». ¿Quién podría objetar esta afirmación? Pero él lo dice con humildad, en su calidad de hombre. «*Si yo por el Espíritu de Dios*», no en mis propias fuerzas, no en mis capacidades humanas, sino por el Espíritu de Dios.

Si él se sujetaba en todo al Espíritu Santo, ¡cuánto más dependientes debemos ser nosotros, considerando al Espíritu Santo en la realización de nuestras tareas cotidianas! Nuestra conducta ha de ser semejante a la de Aquel de quien decimos ser discípulos.

«*Si yo por Espíritu de Dios echo fuera los demonios...*». La manifestación del reino no es posible sino a través del Espíritu Santo. No podemos conocer lo que es el reino de Dios, ni podemos dar cumplimiento a sus demandas, sin el Espíritu Santo actuando en y a través de nosotros.

El hombre natural ignora el reino de Dios, por eso vive buscando fórmulas nuevas para poder enfrentar las crisis. Pero nosotros sí lo hemos conocido; por lo tanto cobra relevancia la presencia del Espíritu Santo

en relación al evangelio del Reino. Es el Espíritu quien le da sustancia al evangelio, quien nos ayudará en toda necesidad. Él es quien nos trae la realidad del evangelio.

El hermano John Owen, hablando sobre este asunto, dice: «Si el Espíritu Santo no obra con el evangelio, entonces el evangelio vendría a ser solo letra muerta, y el Nuevo Testamento vendría a ser tan inútil para los cristianos, así como el Antiguo Testamento lo es para los judíos».

Si el Espíritu de Dios no actúa con el evangelio, entonces todo lo que sabemos, pero sin llevarlo a la práctica, es letra muerta.

¡Cuán relevante es que el Espíritu Santo esté habitando en nosotros! Sin él no podemos hacer nada. Si utilizamos nuestras capacidades para ir en ayuda al prójimo, pero prescindiendo del Espíritu, aquello no contará delante de Dios.

No el hombre, sino el Espíritu

«Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a

éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (1 Cor. 2:1-5).

Este es el evangelio que nos corresponde anunciar, pero antes tenemos que vivirlo. Pablo dice que él no usó la sabiduría humana ni recurrió a sus dones naturales, sino que él lo hizo con demostración del Espíritu y de poder. Es el Espíritu quien habla y convence; no es nuestra propia sabiduría.

Sin duda, nosotros podemos aprender algunas cosas, y ser instruidos en la exposición de la palabra; pero no podemos confiar en esos recursos para predicarla. Si hay un don que Dios nos ha dado, y éste no ha pasado por la cruz, ¡ni el mejor orador podrá convencer a nadie de justicia, de pecado y de juicio!

Esta es una obra exclusiva del Espíritu Santo, que él quiere realizar hoy con mayor urgencia, porque el tiempo del fin está cerca. Es cosa

de ver las crisis que se están viviendo no solo en nuestro país, sino en todo el mundo. Pareciera ser que se está configurando un ambiente propicio para que de pronto aparezca alguien diciendo: «Yo les prometo paz y seguridad». Por eso es vital que el evangelio sea predicado hoy con mayor solicitud.

¿Será que el Espíritu Santo encontrará entre nosotros hombres y mujeres dispuestos? A veces es fácil hacer un llamado a quienes quieren servir al Señor, y muchos vienen por entusiasmo. Pero debemos saber que para predicar este evangelio se necesitan hombres y mujeres dispuestos a ser transformados

El evangelio del reino transforma vidas, por lo tanto, si nuestras vidas no han cambiado, ¿qué verá el mundo?

Colaborando con Dios

Ahora, lo grandioso de esto es que el Espíritu Santo no está fuera, sino dentro de nosotros. Y ¿cómo convencerá al mundo? Él quiere usarnos a nosotros para hacer tal obra que, por un lado, es una honra, pero también implica una tremenda responsabilidad.

El Espíritu Santo realizará su obra por medio de hombres y mujeres que estén dispuestos a ser forjados, moldeados, transformados por él. Es preciso que la voluntad de estos hombres y mujeres sea ésta: «Estoy dispuesto Señor, yo también quiero». Eso tal vez significará dolor.

por el Espíritu de Dios. Y no hablamos de la predicación desde el púlpito, sino de lo que Pablo decía a los hermanos, que somos cartas escritas por Dios para ser «conocidas y leídas por todos los hombres» (2 Cor.3:2).

Dios solo podrá escribir en nosotros en la medida en que nosotros se lo permitimos. Solo podremos manifestar estas buenas nuevas de salvación a los hombres si nosotros mismos vivimos este evangelio?

George Whitefield, el famoso predicador, tuvo una carga profunda en su corazón con respecto a evangelizar. Él fue un predicador itinerante.

Cuando él murió, alguien testificó: «Todo lo que George Whitefield predicó, lo vivió». Con debilidades y flaquezas, por supuesto, pero él vivió la esencia de este evangelio. «Si no es por el Espíritu de Dios, no hago nada», decía este siervo del Señor. Es posible vivir siendo guiados en todo por Él.

Mostrando la gloria de Dios

La primera obra del Espíritu Santo es anunciar el evangelio al mundo. Para este fin, él necesita colaboradores. Y aquí viene su segunda obra con respecto a nosotros, para cumplir su propósito.

«Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2 Cor. 3:18). Pablo está hablando con respecto a los judíos y su imposibilidad de comprender las cosas de Dios. Es como si ellos tuviesen un velo, así como Moisés tenía un velo sobre su rostro, para que la gloria de Dios que reflejaba fuese oculta, a causa de que era una gloria pasajera.

Moisés no siempre tuvo esta gloria resplandeciente, ella duró un tiem-

po breve. Y en ese contexto, Pablo dice: *«Por tanto, nosotros todos...»*. Ya no solo Moisés, sino todos nosotros, sin excepción, estamos llamados a reflejar la gloria de Dios. Eso es lo que el Espíritu Santo está haciendo cada día con nosotros.

Hay un alto llamado, para que cuando la gente nos vea, vea la gloria de Dios. ¿Será que el mundo está viendo realmente esto en la iglesia? Al mirar a la iglesia, el mundo tendría que ver una sola cosa: la grandeza de Dios. Ahora, ¿qué ven realmente hoy los hombres en nosotros?

El evangelio del reino transforma vidas; por lo tanto, si nuestras vidas no han cambiado, ¿qué verá el mundo? ¿Verán que solo somos distintos porque tenemos una Biblia y vamos a una reunión?

Humanamente, nosotros no somos mejores que cualquiera. Hay quienes pueden darnos lecciones de cómo amar al prójimo no solo de palabra sino de hecho. Pero la gran diferencia es que en nosotros mora una bendita Persona: el Espíritu Santo. Y eso debe marcar toda diferencia.

Esta Persona tiene voluntad, tiene emociones, entendimiento y

sabiduría. Él tiene poder, él enseña, él llama para una obra especial, él designa autoridades en la iglesia. No son los hombres, sino el Espíritu Santo quien hace todo. Por eso necesitamos oír claramente su voz. Si no tenemos un oído afinado, ello puede ser catastrófico para la iglesia. Es el Espíritu de Dios quien ordena, es Dios mismo en nosotros.

El sello del Espíritu

«Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Ef. 4:30). Este versículo es hermoso, pero también terrible. El sello del Espíritu sobre nosotros implica dos cosas. La primera de ellas indica pertenencia eterna. Cuando creímos y recibimos a Jesús en el corazón, Dios nos puso un sello que dice: «Este es mío para siempre». Pase lo que pase en el mundo, nosotros le pertenecemos a él por toda la eternidad. ¡Bendito es el Señor!

La segunda implicancia de este sello es la transformación del carácter. En Apocalipsis 22 también vemos un sello. Dice: *«...y sus siervos le servirán y verán su rostro, y su*

nombre estará en sus frentes» (v. 4). Nosotros veremos el rostro del Cordero, y el nombre de Jesús estará en nuestras frentes, como un sello. ¿Cuál es el objetivo o la intención de Dios al colocar ese nombre en nuestra frente?

En la época bíblica, los nombres que los padres daban a sus hijos indicaban una realidad que ellos querían que sus hijos vivieran, una expresión de Dios que aquel hijo o hija tendría que mostrar.

«...y su nombre estará en sus frentes». El Padre quiere que el carácter de su Hijo sea formado en nosotros. El nombre de Jesús grabado en nuestras mentes significa ser semejantes a su Hijo. La vida de Jesús debe ser nuestra vida.

Entonces, ¡cuán bendita es esta Persona que mora en nosotros! ¡Cuánta bendición, cuántas riquezas insondables, cuánta provisión, cuánta realidad de Cristo nos trae!

No contristéis al Espíritu

Por eso Pablo nos advierte: *«Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios»* (Ef. 4:30). ¡Cuánto dolor le han provocado nuestras acciones o nuestras palabras al Espíritu que nos trae

la realidad del evangelio! Sin duda que en gran medida le hemos provocado dolor no solo con pecados groseros evidentes, sino con aquellos secretos que consideramos insignificantes, o con aquellas cosas vergonzosas que no nos atrevemos a confesar.

Si el Espíritu Santo no ha obrado más profundo en nuestro corazón, no es porque él no tenga el poder para hacerlo, sino porque nosotros se lo hemos impedido y en muchas ocasiones lo hemos entristecido. Hasta que él no saque aquello a la luz en nuestra vida, el Reino será solo palabras. Demos libertad al Espíritu para que él nos examine por causa de la predicación del evangelio, porque él no usará a otros.

La provisión del Espíritu

Al Espíritu Santo también le provoca dolor que lo ignoremos, viviendo nuestra vida como si él no existiera.

Lo terrible es que, si nuestra relación con el Espíritu Santo es distante, si no seguimos su voluntad, nos puede ocurrir como a las cinco vírgenes insensatas de aquella parábola.

¿Qué les pasó a ellas? El contexto era una boda. Diez doncellas esperaban al novio, pero cinco vírgenes insensatas fueron insensibles a la voz del Espíritu. El aceite de sus vasijas estaba menguando. Cuando vieron esto, les pidieron a sus hermanas, pero éstas dijeron: *«Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas»* (Mat. 25:9). Y antes que ellas volvieran con sus vasijas llenas, llegó el novio, se cerró la puerta y quedaron fuera.

El aceite nos habla del Espíritu Santo. Esta parábola tiene también un sentido profético para los días finales. Habrá muchos que, tal vez recién cuando el Novio aparezca, comprobarán que no tienen aceite en sus vasijas, por haber descuidado su relación con el Espíritu Santo.

Somos llamados a este reino que ha de venir; pero ¿quiénes podrán participar del llamado a las bodas del Cordero? Solo aquellos que se han preparado, que están ocupados en mantener sus vasijas siempre llenas de aceite, cuya relación con el Espíritu Santo es fluida, diaria, y no simplemente de reuniones.

Las vasijas de una viuda

En 2 Reyes capítulo 4 tenemos el relato acerca de una viuda que carecía de toda provisión para alimentarse en su casa y le quedaba solo un poco de aceite.

El profeta le dice que traiga ese aceite y muchas vasijas. Ella fue obediente, y ahí está la clave de todo. El varón de Dios le ordenó echar el aceite en las vasijas, y a medida que se iban llenando una a una, el aceite seguía saliendo. Cuando no hubo más vasijas, el aceite cesó.

De seguro, si hubiera habido más vasijas, éstas también se hubiesen llenado.

cios, en fin, de tantas cosas, que él no podrá llenarnos?

Qué catástrofe sería que, al llegar aquel día, recién percibamos que no tenemos aceite, que la mayor parte de nuestra vida cristiana la hemos pasado ignorando nuestra relación con el Espíritu, ignorando su voz, su consejo, viviendo como si él no morara dentro de nosotros, aunque íbamos a reunión y estábamos con los hermanos.

«Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí;

**Jesús dice que el reino de los cielos
ha llegado, porque lo celestial ya ha bajado
a la tierra.**

Hoy, el Espíritu Santo necesita nuestras vasijas para llenarlas de su unción. Pero ¿seremos nosotros vasijas que él pueda ocupar? ¿Estaremos en condiciones de que ese aceite sea derramado sobre nosotros? ¿O estaremos tan llenos de nosotros mismos, de nuestra propia prudencia, nuestros propios jui-

apartaos de mí, hacedores de maldad» (Mat. 7:22-23). Éstos nunca tuvieron intimidación con él, no le dejaron obrar en sus vidas, y predicaban solo por rutina. ¡Qué tragedia!

Las bodas del Cordero

Otra parábola habla del reino en Mateo 22. El rey va a ver a los invi-

tados que él llamó a una fiesta de bodas, pues los primeros convidados se excusaron por estar ocupados en sus propios asuntos. En esta fiesta había buenos y malos. «Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda?» (Mat. 22:11-12).

Para participar de las bodas del Cordero es necesario prepararse. El rey dice a su siervos: «Atadle de pies y manos, y echadle a las tinieblas de afuera» (v. 13). Y concluye: «Porque muchos son llamados, y pocos escogidos» (v. 14).

Sería fatal llegar al final de nuestra carrera, presentarnos ante su tribunal y constatar que nuestra vasija está vacía, porque estuvimos ocupados en nuestros quehaceres sin considerar a esta Persona.

Alguien dijo: «Ante el tribunal de Cristo no seremos juzgados por la comprensión que hayamos alcanzado de los misterios divinos, sino por las acciones que realizamos estando en el cuerpo: si cumplimos su voluntad, si llevamos a cabo sus demandas». No será por nuestro conocimiento de las Escrituras, ni por

nuestros actos naturales, sino por las acciones que el Espíritu Santo generó en nosotros.

Pasando por el corazón

Frente a las demandas del Señor, no podemos fracasar si tenemos el *parakletos* en nosotros. «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Juan 14:26).

Pongamos atención a la expresión «recordar». El Espíritu Santo es un excelente pedagogo, él nos enseña todo lo concerniente a la doctrina y a la vida cristiana. Y no solo nos enseña eso, sino también nos recordará todo aquello.

La palabra *recordar*, en el griego, está relacionada con hablar al oído, como en un susurro. Y la palabra latina es *recordare*, y significa *volver a pasar por el corazón*. Entonces, el Espíritu Santo nos enseñará y nos hará pasar por el corazón todo lo que él ha dicho.

Nuestras emociones deben estar involucradas de tal manera, que cuando hablemos de la cruz de Cristo, al hablar de las heridas de Jesús,

nuestro corazón se conmueva. Si en realidad vivimos de esta manera, entonces él culminará su obra.

¿Has preguntado al Espíritu Santo cómo se ha sentido viviendo en ti? ¿Se habrá sentido agrado o estará ofendido? Preguntémosle, y esperemos su respuesta. Tal vez él nos pueda decir: «Me he sentido grato. No me has puesto obstáculos; has sido un vaso dispuesto. He podido hacer con libertad la obra que el Padre me mandó a hacer en ti».

¿Podrá decir eso el Espíritu Santo de nosotros? ¿O más bien dirá que se ha sentido triste porque no ha logrado realizar su obra? Si así ha sido, pidámosle perdón; porque de lo contrario, no tendremos parte en las bodas del Cordero.

El Espíritu y la Esposa

El libro de Apocalipsis se inicia con «*la revelación de Jesucristo*»; pero luego es el Espíritu Santo quien ex-

horta a las iglesias. Y el libro concluye diciendo: «*Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven*» (v. 22:17). Él termina uniendo su voz a la voz de la Esposa. No es simplemente una unión de voces, sino una unión de voluntades, de propósitos y de anhelos del corazón.

Que el Espíritu Santo alcance ese propósito en nuestras vidas. Por sobre todas las cosas, no sigamos enristeciendo y provocando dolor a aquel que nos trae la realidad de Cristo y la iglesia. Si hasta aquí hemos sido negligentes y nos hemos movido prescindiendo de él, necesitamos arrepentirnos y decirle al Espíritu Santo que somos vasijas dispuestas en sus manos.

Que él obre de tal manera que el evangelio del reino de Dios sea expresado a través de nosotros con palabras y también con acciones.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2020.

El creyente y el mundo

Un hombre me dijo hace un tiempo: "Señor Moody, ahora que me he convertido, ¿tendré que dejar el mundo?".

Le contesté: "¡De ninguna manera! Usted no tiene que dejar el mundo. Pero si su testimonio cristiano es bien claro, el mundo lo dejará a usted, y muy pronto".

D.L. Moody

Las buenas nuevas de salud
física, mental y espiritual.



Evangelio y sanidad

Marcelo Díaz

“

Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y parálíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán”.

— Mat. 4:23.

Un ambiente de tensión

Al estudiar el contexto histórico en que vivió nuestro Señor Jesucristo, vemos que no es muy distinto a lo que nos ha tocado vivir a nosotros.

Conocemos el poderío y la crueldad del imperio romano. Era muy complejo vivir subyugados bajo una persona que tenía tal poder, que se creía un dios. En un momento de la historia, todos los súbditos de Roma fueron obligados a rendir culto a César.

El poder corrompe, por definición, y mucho poder corrompe mucho. En ese tiempo, Palestina estaba bajo el dominio romano; había un ambiente político de tensión y el imperio de alguna manera transaba con los pueblos sometidos para que le pagaran tributos y para asegurar el poder.

Las conveniencias y el egoísmo humano comenzaron a manifestarse, y la corrupción era muy visible. El pueblo judío era gobernado por un poder político religioso. Y entonces los romanos dejaron a los judíos vivir con su religión a cambio del pago de impuestos y de la sujeción al imperio.

El gobierno judío era presidido por el Sanedrín, los sacerdotes y los ancianos. Poncio Pilato y Herodes ejercían el poder político. Todos estos recurrían a conveniencias mutuas para poder subsistir. También surgían grupos rebeldes como los zelotes, y había sediciones permanentes.

Entre los judíos, algunos se vendían al imperio y trabajaban para Roma: los llamados «publicanos», de entre los cuales el Señor también llamó a Mateo como uno de sus discí-

pulos. Los publicanos eran despreciados por su nación, porque cobraban los impuestos de sus compatriotas.

Jesús y el dolor humano

Jesús recorría los pueblos y las aldeas predicando el evangelio del reino de Dios, y es maravilloso ver cómo lo anotan los evangelios. «Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo» (Mat. 4:23). Esta era su dedicación: predicar el evangelio del reino teniendo contacto con la miseria humana.

«Y se difundió su fama por toda Siria; y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos...» (v. 24).

Con el evangelio, Jesús entró en el dolor humano; él tocaba al hombre sufriente, y lo sanaba. Ese era su mensaje. El evangelio del reino entra en lo más profundo de la humanidad para sanar de raíz la enfermedad y el dolor.

El evangelio tiene acción directa sobre la vida espiritual, porque repre-

senta al mismo Señor Jesucristo, y él entra en la esfera de las cosas espirituales, que de alguna manera determinan todo lo visible.

«...los endemoniados». Traían a él los endemoniados, y aquí se abre una dimensión espiritual que no podemos desconocer. Jesús mismo fue quien más habló del diablo y del infierno. Él no ignoró la esfera espiritual. Y los hijos de Dios debemos saber que esto es real. La iglesia tiene el poder de ingresar en este ámbito y lograr que el evangelio llegue a los hombres y produzca un cambio en el corazón.

«...lunáticos». El evangelio del reino también tiene injerencia en los aspectos psíquicos, viniendo a sanar la mente y el pensamiento. Allí llega el Señor para traer luz. El Señor también recibe a los lunáticos; él quiere sanar a todos y darles equilibrio psicológico.

Hoy, estas esferas están secularizadas, gobernadas por una mente sin Dios. Las universidades y los sistemas educacionales se oponen al acceso del reino de Dios y de la palabra.

Y por último dice: «...y paralíticos». El reino de Dios también toma su

lugar en la esfera física. El Señor se ocupa de lo físico, de nuestro cuerpo, porque éste es diseño de Dios y fue creado para Su gloria.

La esfera espiritual

El evangelio del reino de Dios toca la esfera espiritual, la esfera psíquica y la esfera física. Somos más conscientes de lo físico, y nos parece que las sanidades físicas son lo más glorioso que el Señor hizo, pero en orden de importancia, lo físico es lo menor.

La Escritura dice que nosotros, antes, estábamos bajo la potestad de Satanás. «Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia» (Ef. 2:1-2). Así andábamos todos nosotros, y el Señor lo define muy bien diciendo: «El que no es conmigo, contra mí es» (Mat. 12:30).

En el ámbito espiritual, hay solo dos esferas. No hay términos medios: o estás en el reino de Dios o estás bajo la potestad de las tinieblas. Así anduvimos nosotros en otro tiem-

po. «...entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás» (Ef. 2:3). Eso es el mundo sin Dios, ignorante de la realidad espiritual.

Pero nosotros hemos llegado a la libertad gloriosa de los hijos de Dios,

tinios de la humanidad, y este conflicto está presente en todas las Escrituras.

Apocalipsis 12 narra una visión que da cuenta de una batalla que determina lo que ocurre en la tierra. *«Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Y estando encinta, clamaba*

El evangelio del reino entra en lo más profundo de la humanidad para sanar de raíz la enfermedad y el dolor.

al reino del amado Hijo. Mediante el evangelio, hemos sido libertados, trasladados y plantados en una nueva realidad espiritual. El Espíritu de Dios vino a morar con nosotros; él nos selló, nos puso un título de propiedad.

Guerra espiritual

Nosotros no podemos ignorar la realidad espiritual. Cuando vemos toda la ira y la violencia publicada en las redes sociales, ¿no cree usted que hay una cuestión espiritual detrás de eso? Hay una pugna por los hombres y por los des-

con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento» (Ap. 12:1-2).

Hay varias claves para entender esto. La mujer vestida del sol es la iglesia gloriosa, la iglesia que está en el propósito de Dios. Es la iglesia perfecta tal como Dios la diseñó: una mujer vestida del sol, que recibe la luz del Sol, de Jesucristo mismo.

«También apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete dia-

demás; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra» (v. 3-4). El dragón es Satanás.

«Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. Y ella dio a luz un hijo varón, que regirá con vara de hierro a todas las naciones; y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por mil doscientos sesenta días» (v. 4-6).

Ese hijo es la iglesia en acción en la tierra. La iglesia debe tomar dominio y actuar. Ella recibe la verdad, la proclama y entonces Dios la arrebató para sí. La iglesia asume la verdad de Dios, y se sienta con Cristo en los lugares celestiales, para gobernar.

«Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás,

el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él» (v. 7-9).

Aquí hay una acción de Satanás contra los hijos de Dios. Cuando la iglesia asume su realidad, la cree, la confiesa y actúa, entonces se desencadena una batalla horrorosa, y en esa batalla Miguel y sus ángeles vencen. Toda vez que la iglesia asume su autoridad, Satanás cae de las esferas espirituales, arruinado, porque la iglesia ha confirmado la verdad del Cristo victorioso.

El camino de la victoria

Hay una batalla espiritual entre la iglesia y la realidad satánica maligna, opuesta a las verdades divinas. Cuando la iglesia cree esta verdad, entonces las huestes espirituales de Dios se movilizan junto con la iglesia que ya se ha apropiado de su verdadera misión.

Daniel nos muestra un ejemplo más práctico. Israel era cautivo bajo el imperio babilónico, y Daniel asume una carga espiritual por la situación de su pueblo.

«En aquellos días yo Daniel estuve afligido por espacio de tres semanas. No comí manjar delicado, ni

entró en mi boca carne ni vino, ni me ungí con ungüento, hasta que se cumplieron las tres semanas» (Dan. 10:2-3). Daniel ayunó y se humilló delante de Dios, y al cabo de tres semanas tuvo la visión de un ángel.

«Entonces me dijo: Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días» (v. 12-14).

«...desde el primer día que dispusiste tu corazón ... fueron oídas tus palabras». La oración fue contestada. Hay una oposición, una guerra espiritual. Sin embargo, esa guerra ya está acabada en la verdad eterna: Cristo ha vencido a Satanás, y está sentado a la diestra de Dios, reinando.

Ahora, la iglesia en acción aquí en la tierra tiene que tomar esa ver-

dad, proclamarla y vivirla. Pero si nosotros no entramos con el evangelio del reino, si no tenemos carga espiritual de orar por la familia, de orar por los ambientes atestados de demonios y de presiones malignas, nada ocurrirá, aun cuando Cristo esté sentado en los lugares celestiales.

Si no hacemos esa oración, nada ocurrirá, porque la Escritura dice que, previamente, *«será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin»* (Mat. 24:14). Cuando la iglesia asuma su verdadera misión, entonces vendrá el fin.

Dios actúa con nosotros, nunca sin nosotros. Dios cuenta con tu oración, cuenta con tu humillación, con tu corazón compungido, cuenta con que tú resistas las cosas malignas, cuenta con la oración que reprende a Satanás. El Señor cuenta con nosotros; es más, él necesita de nosotros.

¿No le ha ocurrido a usted, al entrar a algunos lugares, sentir un ambiente denso, oscuro, pesado espiritualmente? Son ambientes o personas que están de alguna ma-

nera influenciadas, poseídas, cautivadas en ignorancia por cosas malignas. Pero nosotros, como siervos del Señor, debemos entrar allí para operar con el reino de Dios.

«Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres» (1 Tim. 2:1). Cuando Pablo dice: *«exhorto ante todo»*, nos está hablando a nosotros. *«Exhorto ante todo»*, es decir, primero que todo. *«...a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones»*, porque es la iglesia, somos nosotros, los que tenemos esta herramienta, este po-

¿Qué haces? Qué triste es ver a hijos de Dios involucrados en discusiones políticas igual que los mundanos, en circunstancias que nosotros somos de una esfera espiritual mayor, puesto que somos de Cristo.

Sí, por cierto, el evangelio tiene una acción social. Pero yo soy de Cristo, y porque soy suyo, no tengo otra respuesta sino a Cristo y el reino de Dios. Cuando los hermanos entran en una esfera sin Cristo, todo es división, todo es discusión. El Señor nos liberó de eso, y podemos hablar con libertad y bus-

Los sacerdotes según Dios, al igual que Cristo, deben tener compasión de las multitudes.

der a través de la oración, para libertar, para atar y desatar en el nombre del Señor Jesús.

Es la iglesia quien gobierna con el evangelio del reino de Dios. Yo creo esto con todo mi corazón; lo he visto, lo proclamo, lo creo, y resisto. Cuando veo las noticias y pongo en oración a esas personas, resisto a Satanás, resisto las malignidades.

Hermano, tú eres de Cristo. ¿Qué cosas subes a las redes sociales?

car oportunidades para servir con el evangelio, para ser puentes de unión, pacificadores, como hijos de Dios.

Sanidad de la mente y del cuerpo

Hay una esfera espiritual en la cual entra el evangelio, que es fundamental para todos nosotros. Y hay asimismo una esfera psicológica en la cual el evangelio debe entrar con argumentos concretos, efectivos.

«Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» (2 Cor. 10:3-5).

El evangelio también responde en esta dimensión. Se necesita hermanos capacitados, con argumentos reales, que tengan la valentía de entrar en todas las esferas de la sociedad y hablar del Señor Jesucristo y de los principios de Dios con firmeza y con denuedo.

No hay mejor sanidad para la mente que la palabra de Dios y el bendito evangelio. ¿Cómo contenemos a un lunático, a una persona que tiene desequilibrio interior? El evangelio, la contención en la iglesia, el evangelio y la palabra, lo harán.

Nosotros estamos acostumbrados a las cosas instantáneas. Y parece que, cuando se lee el contexto, dice que el Señor sanó a todos los enfermos, y aquello fue instantáneo. Pero la palabra allí es «terapia», *therapeía*, o sea, hubo un proceso

de sanidad día a día, con paciencia, con amor, sanando la mente, ordenando los pensamientos y las emociones desequilibradas.

Dios está en acción todos los días, y la palabra y el Espíritu Santo están obrando en nuestro interior. El evangelio es vida. Ese es el poder del evangelio. La iglesia es como una sala de hospital donde estamos todos en un proceso de recuperación, día a día.

Cuánta palabra hemos recibido, a veces interiormente, y nosotros no percibimos claramente su valor, pero el Espíritu Santo sí la sabe, y en algún momento esa palabra que entró por nuestros oídos tendrá fruto en el entendimiento y dará a luz vida y salud. ¡Bendito es el Señor!

La función del sacerdote

El evangelio es completo. ¿Sabe por qué? Porque el Señor Jesucristo, que ascendió a los cielos y que está a la diestra del Padre, a quien se le dio un nombre sobre todo poder y autoridad, tiene un atributo muy particular. *«Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del*

trono de la Majestad en los cielos» (Heb. 8:1). Este Rey y Señor no es solo rey, sino sumo sacerdote.

Todo sacerdote es puesto a favor de los hombres, para ser un puente entre el cielo y la tierra. El primer sacerdote que aparece en la Escritura es Melquisedec, rey de Salem. Él es rey y sacerdote, y bendice a Abraham diciéndole: *«Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano»*, y luego le comparte pan y vino.

Un sacerdote es aquel que hace el puente de unión *para «reunir todas las cosas en Cristo ... así las que están en los cielos, como las que están en la tierra»* (Ef. 1:10). Jesús es el sumo sacerdote, el mediador entre Dios y los hombres. De modo que el evangelio del reino de Dios es un evangelio sacerdotal.

El sacerdote tiene también una acción terapéutica. Los sacerdotes en el Antiguo Testamento eran los que confirmaban la sanidad de las personas.

Cuando Jesús cura a los leprosos, les dice: *«Id, mostraos a los sacerdotes»*, pero solo uno de ellos volvió

dando gracias. ¿Por qué a los sacerdotes? Porque ellos eran las personas que debían confirmar la sanidad de aquellos que estaban enfermos.

Así que Cristo, en su oficio, no solo es profeta y rey, sino también sacerdote, en la ejecución de su terapia, en la sanidad de las personas. ¡Alabado sea el Señor!

El sacerdote tenía la función muy especial de ser un puente de unión. En el santuario entraban solo los sacerdotes. La vestimenta sacerdotal era muy significativa. Cada una de sus partes señalaba a la persona y obra de Cristo. En el pectoral, y sobre sus hombros, llevaba doce piedras preciosas grabadas con los nombres de las doce tribus de Israel.

En lo espiritual, eso significa que nuestro Señor, como sumo sacerdote, lleva sobre sus hombros y en su corazón la carga de todos los hombres, para presentarlos delante del Padre, intercediendo por ellos.

Nuestro servicio sacerdotal

«Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios,

su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén» (Ap. 1:5-6). De modo que ahora, en la proclamación del evangelio del reino, tú y yo somos los sacerdotes que llevamos las buenas noticias de sanidad, siendo puentes de unión allí donde hay separación con Dios y teniendo la carga espiritual de las personas.

No podremos ir a evangelizar si no tenemos esa carga espiritual. Podrías aprender todo el ABC y toda la Biblia, pero no puedes evangelizar si no eres un sacerdote de Dios que ha sido tratado por años para llegar a ser un puente entre Dios y los hombres, alguien que lleva una carga espiritual y que ora con clamor y lágrimas.

«Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente» (Heb. 5:7). ¿Qué quiere decir esto? Si el Espíritu Santo no provoca este sentir en nosotros a favor de la gente, todo lo demás no será sino teoría.

Debemos meditar esto. Vivimos en un mundo tan individualista que muchas veces no saludamos ni a

nuestros vecinos. Así hemos sido formados; así de egoístas somos. Pero los sacerdotes según Dios, al igual que Cristo, deben tener compasión de las multitudes. Eso es el evangelio del reino: dolerse y rogar por otros; orar con poder, resistir al diablo en la persona que se está muriendo, sentir dolor en el corazón.

Somos testigos del dolor de tantas personas alrededor de nosotros. Mire, si usted sabe que es un sacerdote, tendrá mucho trabajo; pero si usted quiere vivir para sí y disfrutar la vida, ésta solo será una predicción más. Si va a tomar en serio al Señor, habrá complicaciones, habrá momentos difíciles. Pero prefiera eso, a fin de llegar delante del Señor habiendo dicho: «Señor, esto pude hacer en tu gracia, en tu favor, por amor a ti y al evangelio».

Nosotros los creyentes vivimos realmente en el cielo. La realidad del mundo es terrible; muchos están muriendo sin Cristo y se están perdiendo. El evangelio del reino demanda nuestro compromiso. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en El Trébol (Chile), en enero de 2020.

Cartas de C.H. Mackintosh a uno de sus colaboradores, acerca de la predicación del Evangelio.

La obra de evangelización

C.H. Mackintosh

Quinta Carta

Querido amigo:

En una de las primeras cartas de esta serie, insistí acerca de la importancia de mantener con celo y con constancia una fiel predicación del evangelio: una clara obra de evangelización llevada adelante con la energía del amor por las preciosas almas y con directa referencia a la gloria de Cristo.

Esta es una obra que atañe por entero a los inconversos y, por ende, completamente distinta de la obra de la enseñanza, de la disertación o de la exhortación, la cual tiene lugar en el seno de la asamblea, pero de igual importancia que esta última a los ojos de nuestro Señor Jesucristo.

Mi propósito al referirme de nuevo a este tema, es llamar tu atención

respecto a un punto en relación con él, sobre el cual me parece que hay una gran falta de claridad entre algunos de nuestros amigos.

Me pregunto si, por lo general, tenemos claro el hecho de que la obra de la evangelización atañe a la responsabilidad individual. Admito que el maestro o el conferencista son llamados a ejercer su don, en gran parte, sobre el mismo principio que el evangelista, es decir, sobre la base de su responsabilidad personal hacia Cristo. Y admito también que la asamblea no es responsable por sus servicios individuales, a menos, claro, que enseñe falsas doctrinas, en cuyo caso la asamblea tiene la obligación de censurarlas.

Pero ahora me quiero ocupar de la obra del evangelista. Él debe llevar adelante su obra fuera de la asamblea. Su esfera de acción es el vasto

mundo, el mundo en toda su extensión. «*Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura*» (Mar. 16:15).

He aquí la esfera de actividad del evangelista: «*todo el mundo*», y su objeto: «*toda criatura*».

El evangelista puede salir del seno de la asamblea, y volver allí cargado de sus preciosas gavillas; sin embargo, él sale con la energía de la fe personal en Dios y sobre la base de la responsabilidad personal hacia Cristo; tampoco la asamblea es responsable por el modo particular en que él lleve adelante su obra.

Sin duda la asamblea tiene que actuar cuando el evangelista introduce el fruto de su trabajo en la forma de almas que profesan estar convertidas, y que desean ser recibidas en comunión a la mesa del Señor. Pero esto se trata de algo completamente distinto, y debemos marcar bien la diferencia.

Sostengo que el evangelista debe ser dejado en libertad. No debe ser sometido a ciertas reglas o reglamentos, ni restringido por formalidades o convencionalismos.

Hay muchas cosas que un evangelista de corazón amplio se sentiría

perfectamente libre para hacer, pero que pueden no recomendarse al juicio y al sentimiento espiritual de algunos integrantes de la asamblea; pero con tal que él no transgreda ningún principio vital o fundamental, tales personas no tienen derecho a interferir con él.

Usa la expresión «juicio y sentimiento espiritual», a fin de considerar el asunto con la mayor amplitud posible, y de tratar al objetor con el mayor de los respetos. Siento que esto es lo correcto y lo conveniente.

Todo hombre fiel tiene derecho a que sus sentimientos y su juicio —por no decir nada de su conciencia— sean tratados con el debido respeto.

Lamentablemente, hay por doquier hombres de miras estrechas que objetan todo lo que no cuadre con sus propias ideas; hombres que con gusto querrían someter al evangelista a un preciso modo de acción y ajustarlo a una línea de cosas que, conforme a sus pensamientos, irían perfectamente bien en aquellas ocasiones en que los integrantes de la asamblea se reúnen para el culto alrededor de la mesa del Señor.

Todo esto es un completo error. El evangelista debe seguir el propio

curso de su camino, sin tener en cuenta semejante estrechez e intrusión impertinente y oficiosa.

Considera, por ejemplo, el asunto de cantar himnos. El evangelista puede sentirse perfectamente libre de utilizar cierta clase de himnos o de canciones evangélicas que serían absolutamente inapropiados para la asamblea. El hecho es que él canta el evangelio con el mismo objeto con que lo predica, a saber, para alcanzar el corazón del pecador. Está justamente tan dispuesto a cantar: «Ven» como a predicarlo.

Tal es el juicio que he tenido sobre este tema durante muchos años, aunque no estoy tan seguro de que se pueda recomendar plenamente a tu mente espiritual.

Me sorprende que estemos en peligro de caer en la falsa idea de la cristiandad en cuanto a «establecer una causa» y «organizar un cuerpo». Por eso las cuatro paredes en que se reúne la asamblea son consideradas por algunos como una «capilla», y el evangelista que se encuentra casualmente predicando allí es visto como «el ministro de la capilla».

Debemos guardarnos con sumo cuidado de todo esto. Pero mi inten-

ción al referirme a ello ahora es aclarar el punto con respecto a la predicción del evangelio.

El verdadero evangelista no es el ministro de ninguna capilla, ni el vocero de ninguna congregación, ni el representante de un determinado cuerpo, ni el agente pagado de ninguna sociedad. No; es el embajador de Cristo, el mensajero de un Dios de amor, el heraldo de las Buenas Nuevas.

Su corazón está lleno de amor por las almas, sus labios ungidos por el Espíritu Santo, y sus palabras revestidas del poder celestial. ¡Dejémosle en paz! ¡No lo encadenemos con reglas y reglamentos! ¡Dejémosle con su obra y con su Maestro!

Además, ten en cuenta que la iglesia de Dios puede proveer una plataforma lo suficientemente amplia para toda suerte de obreros y para todo posible estilo de trabajo, solo a condición de que no sean alteradas las verdades fundamentales. Es un fatal error tratar de reducir a todos y a todas las cosas a un nivel muerto.

La fe cristiana es una realidad viva, divina. Los siervos de Cristo son enviados por él, y son responsables delante de él.

«¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme» (Rom. 14:4). Estas cosas demandan nuestra seria consideración, no sea que la bendita obra de evangelización se malogre en nuestras manos.

Tengo solo un punto más al que quisiera referirme antes de terminar mi carta, puesto que ha sido más bien una cuestión polémica en ciertos lugares. Me refiero a lo que ha sido denominado «la responsabilidad de la predicación».

¡Cuántos de nuestros amigos han sido y son acosados por esta cuestión! ¿A qué se debe? Estoy persuadido de que la causa de ello es que no se comprende la verdadera naturaleza, carácter y esfera de acción de la obra de evangelización. Por eso ha habido personas que sostienen que la predicación de los domingos a la noche debe dejarse abierta. «¿Abierta a qué?» Ésta es la cuestión.

En demasiadas ocasiones hemos comprobado que ha quedado «abierta» a un carácter de discurso completamente inadecuado para muchos de los que habían asistido

o que habían sido traídos por amigos, esperando oír un pleno, claro y enérgico mensaje evangelístico.

En tales ocasiones nuestros amigos fueron defraudados, y aquellos inconversos fueron incapaces de comprender el significado del servicio. Seguramente tales cosas no debieran suceder. Nunca ocurrirían si solo se pudiera discernir la cosa más simple posible, a saber, la distinción entre todas las reuniones en que los siervos de Cristo ejercen su ministerio sobre la base de su propia responsabilidad personal y todas las reuniones que son puramente reuniones de la asamblea, ya sea para celebrar la cena del Señor, para la oración o para cualquier otro propósito.

Tu afectuosísimo compañero de servicio,

C.H.M.

Sexta Carta

Querido amigo:

Por falta de espacio me vi obligado a finalizar mi última carta sin haber tocado el tema de la Escuela Dominical. Sin embargo, debo dedicar una o dos páginas a una rama de la obra que ha ocupado un amplísimo lugar en mi corazón por treinta

años. Siento que mi serie de cartas quedaría incompleta si no considerara este tema.

Algunos pueden cuestionar cuánto la Escuela Dominical puede ser considerada como parte integral de la obra de la evangelización. De mi parte, solo puedo decir que la considero principalmente desde este punto de vista. La veo como una gran y muy interesante rama de la obra evangelista.

El director y el maestro de la Escuela Dominical son obreros que sirven en el vasto campo evangelístico, tan claramente como lo son el evangelista o el predicador del evangelio.

Sé perfectamente que una Escuela Dominical difiere sustancialmente de una predicación evangelística ordinaria. No es convocada ni dirigida de la misma manera.

En la persona del obrero de la Escuela Dominical se encuentran reunidos, si puedo expresarlo así, el padre o la madre, el maestro y el evangelista. Mientras tanto él toma el lugar de un padre, procura cumplir con el deber de un maestro, pero el objetivo al que apunta es el de un evangelista: el inapreciable objeto de la salvación de las almas

El verdadero evangelista es el embajador de Cristo, el mensajero de un Dios de amor, el heraldo de las Buenas Nuevas.

de esos pequeños que han sido encomendados a su cuidado.

En cuanto al modo en que logra su objetivo, a los detalles de su obra y a las variadas estrategias que pueda emplear con eficacia para su labor, solamente él es responsable.

Sé que algunos objetan la obra de la Escuela Dominical, alegando que tiende a entrometerse en la educación doméstica o de los padres. Debo confesar que no puedo ver ninguna fuerza en esta objeción. El verdadero objetivo de la Escuela Dominical no es reemplazar la educación de los padres, sino servir de ayuda en los casos en que la haya, o, de no existir, suplir su falta.

Hay, como tú y yo lo sabemos perfectamente, cientos de miles de queridos niños que no reciben ninguna instrucción de parte de sus padres. Hay miles de niños que no tienen padres, y miles más cuyos

padres están en peor situación que ninguno. Mira las multitudes de niños que llenan los callejones, los corredores y los patios de nuestras grandes ciudades, que parecen estar apenas un grado arriba de la escala animal; y hasta muchos de ellos parecen pequeños demonios encarnados.

¿Quién podría pensar en todas estas preciosas almas sin desear una cordial bienandanza a todos los verdaderos obreros de las Escuelas Dominicales, y sin suspirar por un más pleno fervor y energía en esa bendita obra?

Digo «verdaderos» obreros de Escuela Dominical, porque temo que haya muchos dedicados a ese servicio que no sean verdaderos, reales ni competentes obreros.

Me temo que muchos toman la Escuela Dominical como una pequeña parte de la obra religiosa de moda, que se acomoda bien a los jóvenes miembros de las comunidades religiosas.

Muchos también la consideran como una especie de contrapeso a una semana de insensatez y mundanalidad, en que se ha dado rienda suelta a los propios deseos. Todas estas personas constituyen

un estorbo más que una ayuda para este sagrado servicio.

Pero también hay muchos que aman sinceramente a Cristo, y que desean servirle mediante la Escuela Dominical, pero que no son realmente idóneos para desempeñar esa obra. Les falta tacto, energía, orden y autoridad. Les falta esa capacidad de poder adaptarse a los niños y de atraer sus tiernos corazones, lo cual es tan esencial para el obrero de Escuela Dominical.

Es un grave error suponer que todo aquel que permanece ocioso en la plaza del mercado es apto para entrar en esta particular rama de labor cristiana.

Al contrario, se requiere una persona enteramente preparada por Dios para la obra; y si se preguntara: ¿Cómo debemos disponer regularmente de agentes idóneos para esta rama del servicio evangelístico?, respondo: Precisamente de la misma manera con que debemos disponer de ellos para cualquier otro departamento de la obra: orando con fe, con perseverancia y con fervor.

Estoy absolutamente persuadido de que si los cristianos se sintieran más movidos por el Espíritu Santo a sen-

tir la importancia de la Escuela Dominical; si solo pudieran asir la idea de que ella, al igual que la librería cristiana y la predicación del evangelio, es parte integrante de esa gloriosa obra a la que somos llamados en estos últimos días de la historia de la cristiandad; si estuvieran más impregnados de la idea de la naturaleza y objeto evangelísticos de la obra de la Escuela Dominical, estarían más dispuestos a orar con toda insistencia, tanto en secreto como en público, para que el Señor levante en medio de nosotros un equipo de obreros devotos, sinceros y diligentes para la Escuela Dominical.

He aquí la falta. ¡Quiera Dios, en su abundante gracia, suplirla! Él puede hacerlo, y seguramente lo desea. Pero entonces es menester esperar en él y consultarle a él. No olvidemos que Dios *«es galardonador de los que le buscan»*.

Creo que tenemos muchos motivos de agradecimiento y alabanza por lo que ha sido hecho mediante las Escuelas Dominicales durante los últimos años.

Recuerdo muy bien el tiempo cuando muchos de nuestros amigos parecían pasar completamente por alto esta rama de la obra. Aun aho-

ra muchos la tratan con indiferencia, debilitando así las manos y desanimando los corazones de aquellos que están ocupados en ella.

Pero no me detendré en esto, puesto que mi tema es la Escuela Dominical, y no aquellos que la descuidan o que se oponen a ella. Bendigo a Dios por todo lo que veo que anima el corazón en ese sentido.

A menudo he sido abundantemente refrescado y deleitado al ver a algunos de nuestros más viejos amigos levantarse de la mesa de su Señor para ordenar los bancos donde pronto se habrán de sentar esos queridos pequeños para oír las dulces historias de amor del Salvador.

Y ¿qué podría ser más bello, más conmovedor o más moralmente conveniente que el hecho de que aquellos que acaban de recordar la muerte del Salvador procuren de corazón –aun por el arreglo de los bancos– poner en práctica Sus vivas palabras: *«Dejad a los niños venir a mí»* (Mar. 10:14)?

Hay muchas más cosas que me gustaría agregar acerca del modo de llevar adelante la labor de la Escuela Dominical; pero quizás también sea bueno que cada obrero acuda él mismo a la presencia del Dios vivo

en busca de consejo y de ayuda en lo que respecta a los detalles.

Siempre debemos recordar que la Escuela Dominical, al igual que la librería cristiana y la predicación del evangelio, es enteramente una labor de responsabilidad individual.

Éste es un punto de fundamental importancia; y cuando se lo comprende plenamente, cuando hay un corazón verdaderamente atento y un ojo sencillo, creo que no habrá grandes dificultades en lo que toca al modo particular de trabajo.

Un corazón amplio y un firme propósito de llevar adelante esta gran obra y de cumplir la gloriosa misión que nos ha sido encomendada, nos liberará efectivamente de la

deseicante influencia de los caprichos —es decir, de las propias opiniones y preferencias personales— y de los prejuicios; de esos miserables obstáculos a todo lo amable y a lo que es de buen nombre.

¡Dios derrame su bendición sobre todas las Escuelas Dominicales, sobre los alumnos, los maestros y los directores! ¡Que él también bendiga a todos los que, de alguna manera, se ocupan en la instrucción de los jóvenes! ¡Que él alegre y refresque sus espíritus permitiendo que cosechen muchas preciosas gavillas en su particular rincón de ese vasto y glorioso campo evangelístico!

Tu afectuosísimo compañero de servicio

C.H.M.

Obedecer primero a Dios

En 1940, Arístides de Souza Mendes fue cónsul de Portugal en Burdeos (Francia). Tenía 55 años y era padre de numerosos hijos. Ante la afluencia de refugiados que huían del avance enemigo, este hombre se encontró ante una decisión difícil, pues las autoridades de su país le ordenaron no expedir visas a los extranjeros, en especial a los judíos.

Después de varias noches de oración, en la mañana del 17 de junio de 1940, Arístides tomó su decisión: él expediría visas sin distinción de raza o de religión. Se cuenta que él dijo en aquel entonces: "Si tengo que desobedecer, prefiero que sea a una orden de los hombres y no a una orden de Dios".

Gracias a su valentía, se salvaron más de 30.000 personas. Este hombre terminó sus días en la pobreza, y solo después de su muerte, su país le dio un reconocimiento.

LBS

Las parábolas de la Gracia

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Lucas 15

Con excepción de los tres primeros versículos que son la introducción de Lucas, y el principio del versículo 11 que sirve solo de enlace, todo el capítulo contiene las palabras pronunciadas por nuestro Señor, y son de suma importancia por lo que se proponen enseñar.

El capítulo se destaca por sobre las cumbres de la literatura bíblica, por su belleza pictórica incomparable; pero de una manera principal, porque enfoca verdades con respecto a Dios y al hombre, que son fundamentales en tal sentido.

Aunque la llave de la interpretación está colgada a la entrada, se necesita de algo más para tener una idea cabal; es necesario leer los capítulos 14, 15 y 16 y los primeros diez

versículos del capítulo 17. Todos ellos constituyen el relato de las actividades del último sábado en la vida de Jesús, anterior a aquel con el cual comenzó la semana final y culminó en la cruz, y del cual no tenemos nada escrito.

No es posible, ni necesario por ahora, detenernos en los capítulos mencionados; baste hacer notar que el capítulo 14 termina con un párrafo en el que nuestro Señor enuncia las condiciones del discipulado, en un lenguaje tal vez mucho más riguroso de aquel que había empleado antes, sin que esto quiera decir que Jesús había alimentado en los hombres la idea de que seguirle era cosa fácil.

En dicho párrafo se deja oír por tres veces su voz diciendo: «*No puede ser mi discípulo*». Si colocamos esta

declaración lado a lado de lo que ha venido expresando, nos daremos cuenta de lo estricto de sus condiciones.

Las últimas palabras con las cuales se cierra el capítulo y que salieron de los labios de Jesús, fueron: *«El que tiene oídos para oír, oiga»* (14:35). Es allí donde principia el capítulo 15, y realmente continúa en estrecha relación con las palabras: *«Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle»*.

Él había expresado las condiciones del discipulado, como habíamos dicho, en un lenguaje que revelaba lo estricto de las mismas; y es interesante observar que aquellos que más le necesitaban fueron los más ansiosos de escucharle.

Lucas no nos da una descripción en detalle de la manera como Jesús recibió a tales gentes, pero lo que nos dice es bastante para darnos una idea. Cerca, y observándolo todo, los fariseos y los escribas murmuraron: *«Este a los pecadores recibe y con ellos come»*.

No hay duda de que esto fue lo que vieron en esta ocasión: a Jesús recibiendo a los pecadores y comiendo

con ellos. Fariseos y escribas rectos según su propia estimación, y por esa circunstancia sin necesidad de arrepentimiento, tenían en gran menosprecio a aquella multitud ceremonialmente sucia, y tal vez muchos de entre ella literalmente sucios; y a todos los agruparon designándolos con una palabra: *«pecadores»*.

Ellos contemplaron a Jesús recibiendo a tal clase de gente como si él fuera su amigo y ellos también lo fueran; no se mantenía a distancia, sino que estaba en medio de ellos, comiendo con ellos; y el comentario de ellos con respecto a él fue de profunda desaprobación.

Tales fueron las circunstancias que provocaron estas interesantes palabras de nuestro Señor. Lucas dice: *«Entonces él les refirió esta parábola, diciendo»*; y ese *«les»* se refiere principalmente al grupo de fariseos y escribas que le criticaban, aunque sin excluir a todas aquellas gentes señaladas como *«pecadores»*. Sin embargo, Jesús aludió más a aquellos llamados «virtuosos» que tenían hacia los pecadores un absoluto desprecio, hombres sin compasión, porque no conocían nada del corazón de Dios.

La enseñanza se propone, entonces, dar a estos escribas y fariseos la razón de Su actitud hacia los pecadores; es como si el Señor les hubiera dicho: «Estáis observando algo que no entendéis»; y acto seguido comenzó a interpretarles aquello que se presentaba delante de sus ojos.

No hay duda de que, si estos que vigilaban a Jesús estaban interesados en él, imaginaron que Su actitud hacia los pecadores traería como resultado Su propia contaminación; y por ello todo el móvil de Su enseñanza fue para demostrarles que lejos de ser así, el resultado sería más bien la restauración de los perdidos.

Tres parábolas en una

Al examinar las enseñanzas de Jesús, la primera cosa que advertimos es que no hay más que una sola parábola en lugar de tres. Lucas claramente dice: «Entonces él les refirió esta parábola». Y todo lo que les enseñó, de principio a fin, constituyó una parábola.

Podemos hablar con toda propiedad de tres parábolas, si recordamos que en último análisis, las tres constituyen un tríptico. No puede haber ninguna verdadera interpretación de lo que Jesús enseña, si se

omite cualquiera de ellas; las tres son necesarias para la revelación del pensamiento del Señor.

Adelantándonos un poco, y resumiendo, podemos decir que el tema único de la parábola, es el de **la gracia de Dios**. Si se nos objetara que la palabra *gracia* no se encuentra por ninguna parte, diríamos como respuesta que aun cuando no se encuentra precisamente aquel término, el hecho de la gracia está latente desde el principio hasta el fin.

De esta manera la parábola tuvo por objeto enseñar a estos directores espirituales, algo de la verdad más profunda con respecto a Dios. Ellos conocían Su justicia; ellos conocían Su rectitud; ellos conocían Su santidad; pero no conocían Su gracia. Ésta era la que Jesús les estaba poniendo al descubierto, y al mismo tiempo, si tenían ojos para ver, les estaba revelando la verdad acerca de la gente a quien ellos tenían en menosprecio; les estaba haciendo ver que si tal gente no tenía lugar en el corazón de ellos, sí lo tenía en el corazón de Dios.

Cosas perdidas y cosas halladas

La parábola se divide naturalmente en tres partes, mostrando primero a un pastor que sufre en la búsqueda

Es una realidad que Dios nunca pierde de vista a los hombres y a las mujeres perdidos.

da de su oveja perdida; luego a una mujer que busca una moneda perdida hasta que la encuentra; y finalmente a un padre que canta de alegría cuando su hijo regresa al hogar.

Hay unidad en la parábola en el hecho de que trata de cosas perdidas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido.

La parábola también destaca el valor del individuo sobre la masa; aunque es cierto, y debe recordarse siempre, que él amó a la humanidad en la multitud, no debe perderse de vista que en esta ocasión él piensa en el individuo: un hombre que ha perdido una oveja; una mujer que ha perdido una moneda; un padre que ha perdido a un hijo. De esta manera se exalta el valor del individuo; y en la medida en que esto se reconozca, se podrá apreciar mejor el valor de la multitud.

La parábola no trata solo de cosas perdidas, sino de cosas perdidas que se buscan, de cosas perdidas que se hallan, y de cosas perdidas

que se restauran. El pastor busca la oveja; la mujer busca la moneda; pero aquí hemos de hacer una pausa, porque el padre no busca al hijo, sino le recibe cuando el hijo lo busca.

El Hijo como el buen Pastor

Es de suyo evidente que en una perspectiva tan general como es ésta en que nos estamos colocando, solo podemos ver la parábola en bosquejo. Al hacerlo, contemplemos primero el cuadro del Pastor.

Todos los que leen esta narración están de acuerdo en que aquí tenemos un cuadro del mismo Hijo de Dios. Él ya había usado esta figura de lenguaje antes; la empleó cuando instruía a sus discípulos en Cesarea de Filipo después de la confesión de Pedro (Mat. 16); y después, en la controversia que tuvo con sus enemigos al darles razón de lo que había hecho con el hombre ciego de nacimiento, habló de sí mismo como del «buen Pastor», declarando lo que eso significaba en relación con su misión.

En esta parábola, en términos generales, él emplea la misma figura de lenguaje. El método estuvo caracterizado por la sencillez; y no obstante, a la luz de todos los he-

chos y de la interpretación a que se ha hecho referencia, la cual se encuentra en Juan capítulo 10, apenas conocemos algo de lo que tal actitud pastoral significó.

De esta manera, en la primera parte de la parábola, él estaba interpretando su misión; misión que consiste en buscar a la oveja perdida.

El Espíritu y la iglesia

La segunda fase de la parábola está representada por la mujer que busca una moneda. Nos sorprende este cambio de cuadro de un pastor a una mujer. Para esta mujer que busca la pieza de plata, la moneda era aún de valor, pero estaba perdida; había dejado de ser moneda circulante.

Permítaseme recordar que, desde la primera página de la Biblia, Dios se revela en el hecho y en el misterio de la Maternidad; ello está claramente sugerido en el primer capítulo del Génesis cuando refiriéndose al Espíritu Santo dice: *«El Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas»*.

La expresión *«se movía»* alude a las alas extendidas de la maternidad. Mientras que el hecho de la paternidad de Dios se encuentra guarda-

do como reliquia en la literatura del Antiguo Testamento, en las palabras: *«Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen»* (Sal. 103:13); también vemos su maternidad en aquellas otras palabras no menos interesantes: *«Como aquel a quien consuela su madre, así os consolare yo a vosotros»* (Is. 66:13).

Cuando vamos más allá de esta parábola hasta las interpretaciones apostólicas de Cristo y de su obra, nos encontramos con que se habla de la iglesia como de la Novia; y en esa figura se revela el hecho de que la iglesia es el instrumento del Espíritu de Dios que cubre al mundo.

Aquí, entonces, tenemos un cuadro del Espíritu de Dios obrando por medio de la iglesia, en busca de la moneda que ha perdido su valor; si la primera fase de la parábola descubre al Hijo como el Pastor; la segunda descubre al Espíritu obrando por medio de la iglesia.

Revelación de Dios como Padre

Cuando llegamos a la última fase, encontramos que todos están de acuerdo en su propósito, que no es sino el de la revelación de Dios como Padre.

En la primera parte se nos descubre al padre entregando al hijo la herencia que le correspondía; todo lo que el hijo malgastó en un país lejano viviendo desenfrenadamente, fue la hacienda que su padre le había dado. Y cuando llegamos al momento cuando esa hacienda ha sido totalmente malgastada, leemos: «Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia» (v. 14).

No fue esta una mera coincidencia, sino la revelación de un hecho invariable; los hombres pueden encontrarse en medio de la abundancia, pero si lo malgastan todo, pueden también encontrarse en medio del desamparo. Al llevar este hecho a la vida espiritual, es aún más evidente. Cuando los hombres han malgastado la hacienda que Dios les ha otorgado, hay hambre en todas partes.

Tomando la historia como nuestro Señor se propuso que la tomáramos; es decir, en el orden natural para interpretar lo espiritual, nunca debemos olvidar que mientras el hijo estuvo ausente de la casa paterna, el padre sufría. El hijo sufre, pero su sufrimiento nunca es tan grande como el del padre y de la madre que han quedado en el ho-

gar para llorar su ausencia y su pérdida.

Hay algo demasiado terrible en la palabra *perdido*, especialmente cuando se habla de un hijo perdido; pero es bueno que nos preguntemos algunas veces cuando nos entristecemos frente al hecho, por quién nos entristecemos. Está muy bien que sintamos tristeza por el hijo; pero nuestra tristeza debe ser mayor por el padre que ha perdido a su hijo. Esta deducción de la historia no es únicamente razonable, sino inescapable.

Viene el momento cuando el hijo pródigo, reducido a la indigencia de su propia personalidad, recapacita y regresa; y aquí nos encontramos frente a una escena de sorprendente belleza. Lo primero que contemplamos es «a un hombre viejo corriendo»; nos inclinamos a decir que no podría haber nada más característico de la carencia de dignidad.

La referencia al padre comienza diciendo que le vio cuando aún estaba lejos; y eso, para mí, no significa simplemente que le vio acercándose al hogar cuando estaba todavía a distancia, sino que así lo había visto, siempre, mientras estuvo lejos. Es una realidad que Dios nunca pier-

de de vista a los hombres y a las mujeres perdidos.

La actitud paternal

¿Sugerimos que la actitud de este padre corriendo al encuentro de su hijo fue indigna? Anulemos tal suposición; nunca está revestido de mayor dignidad un padre humano, que cuando su corazón acelera sus pies para darle la bienvenida al hijo pecador que regresa al hogar.

Cuando lo encontré, se echó sobre su cuello; y como el griego dice, «lo besó mucho», o como diríamos nosotros, lo cubrió de besos.

Y de nuevo podríamos inclinarnos a decir que este padre estaba obrando amorosa, pero no sabiamente. El muchacho estaba con el pelo revuelto y con todas las marcas de la disipación en su persona. ¿No hubiera sido más sabio probarlo antes de echarle los brazos al cuello? Por lo menos, ¿no hubiera sido mejor esperar a que él reconociera su culpa antes de abrazarlo?

La respuesta del padre a tan sabio modo de razonar es ésta: «Será más fácil para mi hijo confesarlo todo, si su cabeza está reclinada sobre mi corazón y mis besos lo están cubriendo». Tal es el retrato de Dios.

Apartando nuestros ojos de las escenas que han desfilado delante de nosotros, contemplemos de nuevo al grupo de hombres satisfechos consigo mismos que habían estado vigilando a Jesús y que ahora le están escuchando; y miremos de nuevo a nuestro Señor como fue visto por estos hombres, recibiendo a la multitud contaminada, y sentándose a comer con ella.

En la parábola tenemos Su interpretación de lo que hizo; Su actitud y Su actividad fueron la actitud y la actividad de Dios; el Hijo, buscando como un Pastor; el Espíritu, buscando como una madre; y el Padre, sufriendo por el hijo perdido y cantando cuando éste regresa al hogar.

El hermano mayor

Finalmente, el Señor Jesús habló a aquellos hombres de un hermano mayor; y la descripción que hizo de él fue un contraste intencional entre los que se justifican a sí mismos y carecen de compasión, sean judíos o gentiles, y los pecadores.

Este hermano mayor sentía una profunda devoción hacia las reglas de su padre, pero no participaba de la simpatía de su corazón, y en consecuencia, estaba incapacitado por completo para justipreciar a su her-

mano. Si contempláramos a los hombres a través de los ojos de Dios, nunca podríamos menospreciarlos, no importa lo bajo que hubieran caído o lo depravados que hubieran llegado a ser.

Siempre me ha parecido que en esas palabras finales del Señor, en que no tuvo una expresión airada para el hijo pecador, sino solo reveló lo necio de su actitud, estaba haciendo un llamamiento a estos escribas y fariseos que lo vigilaban, a simpatizar con Él en su misión, comprendiendo el corazón de Dios.

El tercer Hijo

Me siento constreñido a concluir la visión general de este maravilloso capítulo, haciendo referencia a algo que le oí decir a Samuel Chadwick hace muchos años en la Conferencia de Northfield. Leyó la historia del hijo pródigo y cuando hubo concluido su lectura, dijo: «Me propongo predicar esta mañana sobre el tercer Hijo de esta parábola».

Entonces continuó diciendo que hay dos hijos: uno que por desobediencia quebrantó el corazón de su padre; y el otro que, aunque obedien-

te a sus mandatos, no participaba de la simpatía de su corazón. Pero hay un tercer Hijo, Aquel que relató la parábola; él fue el Hijo del Padre celestial, quien no solamente guardó Sus mandamientos sino que comprendió Su corazón; y por cuyo motivo pudo revelar la verdad completa respecto de Dios frente a una humanidad remisa, y hacer posible la restauración del perdido.

Es bueno cerrar nuestra meditación con preguntas que nos hagamos a nosotros mismos. ¿Hasta dónde estamos en compañerismo con Dios, tal como esta parábola lo revela? ¿Estamos capacitados para sufrir con el Hijo al emprender el camino para encontrar y restaurar? ¿Estamos, con la mujer, buscando diligentemente hasta encontrar las cosas perdidas? Y por último, ¿estamos capacitados para regocijarnos con el Padre cuando hombres y mujeres, no importa cuán bajo hayan caído, son traídos de nuevo al hogar y al corazón del Padre?

La respuesta a tales preguntas nos dará la medida de nuestro relacionamiento con Cristo.

(Grandes Capítulos de la Biblia, Tomo I).

* * *

La conversación

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica.

Watchman Nee

“Pon guarda a mi boca, oh Jehová; guarda la puerta de mis labios” – Sal. 141:3.

El hablar sale del corazón

«*Porque de la abundancia del corazón habla la boca*» (Mat. 12.34b), dijo el Señor Jesús. El hablar del hombre representa su corazón; revela lo que hay en su interior. Las acciones de alguien no siempre denotan su personalidad, pero a menudo sus palabras sí lo hacen. Las acciones pueden ser tan cuidadosas como para engañar a la gente, pero el hablar no se protege tan fácilmente como para estar bajo un control perfecto. Así, la forma de hablar revela más notoriamente lo que hay en la mente de una persona.

La boca habla de la abundancia del corazón, de lo que se almacena en el interior. Si una mentira o un engaño es expresado por la boca, debe estar también en el corazón. Cuando alguien está en silencio, es difícil

conocer su corazón. Pero una vez que abre la boca, su corazón es desvelado. Antes de hablar, nadie puede entender su espíritu; sin embargo, cuando alguien habla, otros pueden tocar su espíritu y discernir su condición delante de Dios.

Habiendo confiado en el Señor, nosotros debemos aprender nuevamente cómo vivir y cómo hablar. Las cosas viejas y las antiguas costumbres ya pasaron. Hoy empezamos de nuevo.

Cómo hablar

Hay algunos pasajes en la Biblia que nos enseñan a hablar. Vamos a considerarlos uno por uno.

I. Sin mentiras

«*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homi-*

cida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira» (Juan 8.44).

Satanás, el padre de los mentirosos

Cuando Satanás dice una mentira, habla de sí mismo, porque es un mentiroso. Pero hoy es más que un mentiroso; él es el padre de todos los mentirosos. Cuán frecuentes son las mentiras en este mundo. Hay tantos mentirosos como súbditos de Satanás. Ellos mienten por él, porque él utiliza la mentira para establecer su dominio y para desbaratar la obra de Dios. Todos los que pertenecen a Satanás saben cómo mentir y cómo hacer una obra mentirosa.

Tan pronto como alguien es salvo, debe aprender la lección básica de lidiar con sus palabras. Debe aprender a resistir toda mentira, ya sea dicha de manera consciente o inconsciente, y debe abstenerse de pronunciar palabras inexactas, expresiones que sean menos o más que la verdad. Las mentiras de todo tipo deben ser eliminadas entre los hijos de Dios. Si queda algún rastro

de ellas, Satanás tiene algo de terreno para atacar.

Por lo tanto, aprende a hablar como haciéndolo delante de Dios. Habla con precisión, evitando toda falsedad. No lo hagas de acuerdo a tu propia preferencia u opinión. Resiste absolutamente toda mentira. El hablar debe ser objetivo, no subjetivo, en su naturaleza, y concordar con el hecho o la verdad.

2. Sin palabras vanas

«El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado» (Mat. 12.35-37).

Los versículos 35-37 se relacionan con el versículo 33 que dice: *«O haced el árbol bueno, y su fruto bueno, o haced el árbol malo, y su fruto malo; porque por el fruto se conoce el árbol»*.

Podemos ver fácilmente que el fruto aquí se refiere a las palabras y no a la conducta. Si un hombre es bueno, sus palabras seguramente serán

buenas; si él es malo, entonces sin duda sus palabras también serán perversas.

Al oír sus palabras, podemos saber qué tipo de persona tenemos por delante. Si alguien siembra semillas de discordia de la mañana a la noche, criticando a la gente, hablando calumniosa y destructivamente, y usando palabras sucias, definitivamente es un árbol corrompido.

No será de ayuda tratar de corregir sus dichos a un hermano o una hermana que de continuo habla palabras malvadas, críticas y pecaminosas. Más bien, se le debe decir sin rodeos que chismear es absolutamente profano. Los nuevos creyentes necesitan saber que sus palabras son sus frutos.

Aquel cuyo corazón es santo hablará con pureza; aquel cuyo corazón está lleno de amor no pronunciará palabras de odio. Por su fruto se conoce el árbol.

3. Sin malas palabras

«...no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición. Porque: El que quiere amar la vida y ver días bue-

nos, refrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño; apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal» (1 Ped. 3.9-12).

Un tipo de expresión que nunca debe provenir de una boca cristiana son las palabras sucias. Los insultos son palabras de injuria y de maldición. Un hijo de Dios no puede devolver mal por el mal, o insulto por insulto.

La marca del dominio propio

«Porque todos ofendemos muchas veces. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo» (Stgo. 3.2). Si alguien puede o no controlarse, depende de si es capaz de refrenar sus palabras. Para juzgar si él tiene el fruto del Espíritu en cuanto al dominio propio, solo tenemos que observar cómo controla su lengua.

¿Sabes qué es el dominio propio? A menudo, los hermanos y hermanas tienen un concepto errado sobre este asunto. Piensan que el autocontrol como fruto del Espíritu

Santo significa la moderación – el camino medio. No, el autodomínio aquí no es más que el control o gobierno sobre sí mismo.

En otras palabras, la capacidad de poder controlarse a sí mismo es fruto del Espíritu Santo. ¿Cuál es la marca por la cual puede ser reconocido este fruto del Espíritu Santo? Santiago nos dice que si un hombre es capaz de frenar su lengua puede refrenar todo su cuerpo. Un hombre así tiene autocontrol.

Una lengua suelta delata una vida suelta. El que habla sin pensar lleva una vida descuidada. Hablar demasiado hace que una persona se vuelva desordenada. Que los jóvenes creyentes aprendan a refrenar su lengua.

¿Deseas que Dios en su misericordia trate contigo? Permíteme decirte: si él puede lidiar con tus palabras, entonces él ha encontrado la manera de tratar contigo. Para muchas personas, sus palabras son el centro de su ser; sus palabras sirven como su columna vertebral. Disciplinando las palabras, la persona será disciplinada.

Si el problema de las palabras de alguien se resiste a romperse, tal persona permanece inalterada.

Las acciones de alguien no siempre denotan su personalidad, pero a menudo sus palabras sí lo hacen.

Para determinar si alguien puede controlarse a sí mismo, no mires su apariencia exterior (porque eso puede ser engañoso); solo habla con él durante media hora más o menos. Entonces lo sabrás. Tan pronto como alguien habla, es conocido. Nada revela más de una persona que sus palabras.

Cómo oír

Sobre el tema del habla, debemos prestar atención tanto al oír como al hablar.

I. Resistiendo un oído con comezón

¿Puedo ser franco contigo? Si los hermanos y hermanas supieran escuchar, la iglesia se libraría de muchas palabras inadecuadas. La razón por la cual hay tantas expresiones inapropiadas en la iglesia es porque muchos quieren oírlas. Puesto que existe tal deseo, existe tal fuente de suministro.

¿Por qué los hombres tienen tanta crítica destructiva, calumnias per-

versas, palabras inmundas, palabras de doble sentido, mentiras y palabras de contienda? Es porque muchos están dispuestos a escuchar. Cuán traicionero, deshonesto y contaminado es el corazón humano que ansía oír palabras tan poco edificantes.

Si los hijos de Dios supieran qué palabras hablar y cuáles no hablar, naturalmente sabrían qué oír y qué no oír. Lo que escuchas te traiciona, revelando qué clase de persona eres.

2. Hacer oídos sordos

«Mas yo, como si fuera sordo, no oigo; y soy como mudo que no abre la boca. Soy, pues, como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay

reprensiones» (Sal. 38.13-14). Cuando la gente hable de manera inadecuada, sé tú como un hombre sordo que no oye. Que digan lo que quieran, pero no escuches. O, en lugar de ser sordo, puedes testificarles, incluso reprenderlos, diciendo: «¿Quién crees que soy yo, que echas toda esa basura sobre mí? Creo que un cristiano no debería decir estas cosas. No son apropiadas para un creyente».

Hay una gran bendición en aprender a ser sordo y mudo, porque hablar y escuchar son tremendas tentaciones. Que los jóvenes creyentes sepan cómo vencer.

Traducido de *Spiritual Exercise*
Exercise Thirty-Seven

Metamorfosis

La oruga se encierra en el envoltorio protector de su crisálida. Podríamos pensar que es su ataúd. ¡Pero no es así! Por medio de una misteriosa metamorfosis, los tejidos de esa pequeña criatura viva van a desaparecer, ¡y luego, de una sustancia amorfa, saldrá una magnífica mariposa!

¡Qué extraordinarias transformaciones! El insecto que trepaba, ahora volará. Se alimentaba de hojas y ahora va a chupar el néctar de las flores. Como larva era un ser insignificante; pero, como mariposa, pasó a ser una de las bellezas de la naturaleza.

Al igual que para la oruga, nuestra vida en la tierra parece encerrarse en la tumba como la ninfa inerte en su capullo; pero, como la mariposa, los creyentes resucitarán con un cuerpo nuevo cuando el Señor venga, y estarán para siempre con él.

LBS

¿Está o no ocurriendo hoy un cambio climático en nuestro planeta?

El calentamiento global y sus cosmovisiones

Ricardo Bravo

Uno de los temas complejos que ocupa al mundo hoy, es el denominado «calentamiento global», el cual se asocia también a un eventual «cambio climático». Se realizan marchas en el hemisferio Norte y en el hemisferio Sur, protestando en contra de eventuales malas prácticas del ser humano que estarían provocando estas alteraciones.

Se realizan cumbres mundiales de científicos expertos en temáticas ambientales, en donde participan centenares de países, y la Organización de las Naciones Unidas encarga múltiples estudios sobre el tema a científicos especialistas de todo el mundo. Actualmente toman cargos de liderazgo en el cambio climático conocidos científicos, pero también lo hacen artistas de cine e incluso, ahora último, aun adolescentes es-

tán liderando campañas mundiales al respecto. El alto interés que ha suscitado este tema es universal.

Noticias que angustian

Efectivamente, casi a diario escuchamos noticias acerca del calentamiento global, informando de temperaturas récord en distintas partes del mundo, de sequías que están fuera del promedio histórico, etc. Las noticias y documentales generan angustia cuando muestran a ambos casquetes polares del planeta derritiéndose, con gigantescos témpanos de hielo separándose de los glaciares y derivando a los océanos.

Por otro lado, diversos estudios oceanográficos muestran que el mar está siendo cada vez más violento, debido al aumento en la inci-

dencia de marejadas en los últimos años (Martínez et al., 2018)¹, y al aumento de la frecuencia e intensidad de eventos extremos de oleaje, los que podrían ser atribuidos al calentamiento global, aunque, es difícil establecer con certeza una relación de causa y efecto. Lo concreto es que existe una coincidencia temporal entre ambos fenómenos.

En junio de 2017, la prestigiosa revista científica Nature (Figueres et al., 2017)², publicaba un artículo escrito por científicos y representantes de la ONU para el cambio climático, señalando que el mundo tenía antecedentes unos tres años antes de que se produjesen los peores efectos del cambio climático.

Cuatro años antes del plazo climático fatal publicado en Nature, en junio de 2013, me tocó participar en una cumbre mundial sobre temáticas de medio ambiente en la ciudad de Marraquech (Marruecos), a la que asistieron 2.400 científicos representantes de 150 países, además de altos cargos de Naciones Unidas (UNESCO, PNUMA, OEA). Una de las conclusiones de los científicos que lideraban esa cumbre, fue: «Si no se toman medidas urgentes en temáticas ambientales a escala planetaria, nuestra civiliza-

ción global colapsará en unas pocas decenas de años».

¿Un colapso?

De acuerdo a lo anterior, habría una determinada corriente científica que considera que nuestro planeta va en caída libre hacia el colapso climático, de no mediar cambios radicales en nuestro comportamiento de quema de combustibles fósiles. Es por ello que desde el año 2.000 aproximadamente, en ciertos círculos científicos se dice que nuestro planeta cambió de era geológica. Habría pasado desde una era denominada Holoceno, relativamente estable desde el punto de vista climático, a una era llamada Antropoceno, climáticamente alterada.

El nombre de esta "última era" apunta a que es el ser humano y su accionar quien habría sido capaz de generar graves alteraciones a escala planetaria, sobreexplotando los recursos naturales, alterando y contaminando todos los ecosistemas, y cambiando hasta el propio clima, debido a la acumulación en la atmósfera de los gases con efecto invernadero, donde el mayor responsable del calentamiento global sería el CO² (dióxido de carbono).

El CO_2 aparece ahora como el villano de la película, pero es bueno recordar que este gas es de vital importancia para la vida en la Tierra, porque los vegetales, tanto terrestres como marinos, lo utilizan en el maravilloso y complejo proceso de fotosíntesis, a partir del cual las hojas de las plantas atrapan CO_2 , incluyen agua más luz del sol, y los convierten en azúcares (alimento) y oxígeno.

Sin este alimento generado por fotosíntesis, prácticamente toda la vida en la Tierra desaparecería. Y la fotosíntesis requiere al menos que la concentración de CO_2 en el aire sea de 180 ppm (partes por millón). Si tiene menos no funciona, si tiene más de esa cantidad funciona mucho mejor. El punto es que ahora la atmósfera tendría más de lo que supuestamente se ha estimado como máximo (300 ppm), habiendo sobrepasado los 400 ppm.

¿Cambio climático o calentamiento global?

¿Es la mayor concentración de CO_2 en la atmósfera el factor responsable del calentamiento global o cambio climático? En realidad hay otra corriente de científicos que no está de acuerdo con que haya cambio

climático, y afirman que las evidencias en las alteraciones planetarias se deberían más bien a un fenómeno llamado calentamiento global y no a un cambio mundial de clima.

Un punto importante en la actual discusión sobre qué fenómeno es el que nos está afectando, tiene que ver con el significado de los conceptos. El «calentamiento global» ha sido definido como el incremento de la temperatura superficial promedio de la Tierra. Por su parte, el clima, en una definición gruesa, se refiere a una descripción estadística a largo plazo de lo que conocemos como estado del tiempo (diario o semanal), y que oímos en las noticias.

El clima considera promedios, variabilidad, valores extremos, de múltiples variables, las que conforman un patrón determinado en una escala de centenas o miles de años. Por tanto, un cambio climático sería una alteración de este patrón en una escala larga de tiempo. El calentamiento global sería una de las variables que integran el patrón climático.

En la actualidad se cuenta con abundante evidencia de que la temperatura media global en la superficie de

la Tierra aumentó un $0,6 \pm 0,2^{\circ}\text{C}$ durante el siglo XX; en donde 2005 ha sido el año con la temperatura global más cálida registrada hasta la fecha.

En un reciente estudio publicado en la revista Science (Cheng *et al.* 2.019)³ se concluye que los océanos se están calentando en promedio un 40% más rápido de lo que se pensaba. Estos investigadores señalan que este calentamiento se ha acelerado en las últimas dos décadas. Se calcula que los océanos del planeta han absorbido hasta un 93% del calor producido por el efecto invernadero, actuando como un gran amortiguador climático.

Modelos climáticos

Pero el clima de la tierra ha demostrado ser altamente complejo, y no ha podido ser entendido claramente por los científicos. Prueba de ello son los múltiples modelos climáticos diferentes que se han ido generando, sin lograr resultados adecuados. Los modelos climáticos suelen ser súper simplificaciones de complejas realidades, con muchos supuestos considerados. Muchos de estos modelos han mostrado altas contradicciones entre sí respecto a temperaturas pasadas de la Tierra;

por tanto es lógico deducir que con mayor razón serán inexactos al querer predecir temperaturas futuras.

Adicionalmente, la Tierra ha experimentado variaciones de temperatura en el pasado, de lo cual contamos con evidencias. Desde comienzos del siglo XIV y hasta mediados del XIX, hubo un periodo frío en nuestro planeta, al que se le llamó la Pequeña Glaciación o Pequeña Edad de Hielo. Luego de ello, hubo un periodo más cálido.

Curiosamente, en una época más cercana, hace medio siglo atrás, la temperatura en la Tierra había descendido por alrededor de 30 años seguidos, y entonces se oía voces de que podría venir otra vez una nueva Edad del Hielo. Sin embargo, la temperatura promedio de la Tierra volvió a subir.

Es evidente que la temperatura global ha venido aumentando desde el siglo XIX, cuando finalizó la Pequeña Edad de Hielo. Pero la temperatura actual del planeta no está fuera del rango histórico conocido, porque los datos señalan que es similar a la que hubo hace unos 1.000 años atrás.

Por otro lado, no hay una correlación clara entre la temperatura de

la Tierra y la concentración de CO_2 . Y existen variadas publicaciones científicas que no están de acuerdo en que el aumento de CO_2 sea el responsable del calentamiento global (Rörsch *et al.*, 2005; Jackson 2017)^{4,5}.

En síntesis, hay consenso entre los científicos especialistas en temáticas ambientales que el calentamiento global es una realidad, aunque no existe el mismo consenso respecto a si está o no ocurriendo un cambio climático (Cook *et al.*, 2.016)⁶.

Cosmovisión no bíblica de los fenómenos climáticos actuales

Quienes aceptan la cosmovisión secular de que se está produciendo un cambio climático global, y que la Tierra será cada vez más hostil al ser humano, a tal punto que tendremos que abandonarla, e ir a vivir a otro planeta (Marte, por ejemplo), obviamente suscriben múltiples creencias y filosofías que se caracterizan por darle la espalda a Dios como Creador de este planeta único. Suponen que la Tierra se formó al azar, por procesos evolutivos cósmicos. Creen firmemente que no fue creada de modo sobrenatural por un Dios todopoderoso, aunque la Tierra tenga innumerables características y propiedades que la ha-

Dios tiene el control sobre este planeta hoy, y lo tendrá en tanto decida mantener la Tierra según sus propósitos eternos.

cen perfecta para que exista la vida, lo cual deja de manifiesto el diseño y propósito del Creador, haciendo inexcusables los argumentos seculares naturalistas (Rom. 1:20).

El mundialmente conocido científico Stephen Hawking, especialista en astronomía y física, señaló en una entrevista en mayo de 2017 a BBC Mundo: «El tiempo se está acabando para la Tierra, y es necesario que salgamos de ella y colonicemos otros planetas, para evitar la extinción de la especie humana».

Varias potencias mundiales han tomado muy en serio este desafío de abandonar la Tierra y colonizar otros planetas. Entre los más importantes están China, Rusia, Europa, Japón, India y Estados Unidos.

La Agencia de Administración Espacial y Aeronáutica de EE. UU. (NASA), señaló en un informe publicado en 2017 que los primeros seres humanos en Marte deben lle-

gar alrededor de 2030, y para ello se espera gastar unos 450 mil millones de dólares en las próximas décadas (NASA 2017)⁷. Se trata de una cifra colosal de dinero, difícil de imaginar.

Al respecto, cabría preguntarse ¿cuántos problemas graves del tercer mundo (desnutrición, salud pública, acceso a agua potable, etc.) podrían ser solucionados con esta enorme suma de dinero? Sin embargo, es claro que gran parte de esa fabulosa inversión dirigida a colonizar otros planetas caerá en el vacío. En primer lugar porque el ser humano jamás podrá igualar a Dios en su poder creador, habilitando un nuevo planeta para ir a vivir, y en segundo lugar, porque el dominio que Dios le dio al ser humano es solo en la Tierra (Abd. 1:4).

Cosmovisión bíblica de la creación de la Tierra

¿Cuál debiese ser la cosmovisión cristiana en todo esto? ¿Dice algo la Biblia al respecto? ¿Tendrá Dios algún rol en esta problemática?

En el primer versículo de la Biblia (Gén. 1:1), se nos explica que Dios es el Creador de la Tierra. Y luego en versículos posteriores (3-10), se detalla que Dios ordena la Tierra, y

genera las condiciones ideales para hacerla habitable. En Isaías 45:18 leemos: *«Él es Dios, el que formó la Tierra, el que la hizo y la compuso; no la creó en vano, sino para que fuera habitada la creó»*.

Por otro lado, Dios mismo explica a Job lo grandioso que fue crear la Tierra con un diseño tan especial, que la hace única entre los demás astros (Job 38:4-7). Claramente, la Escritura anula la cosmovisión atea de que la Tierra se formó por azar, afirmando además que es única.

Los hallazgos científicos serios también avalan el relato bíblico de que la Tierra es un planeta único. El principal centro de investigación astronómica del mundo es la NASA de los Estados Unidos. Este centro, a través de su proyecto SETI, y después de más de medio siglo de investigación científica, llegó a la conclusión de que «muy probablemente estamos solos en el universo», porque la Tierra es demasiado perfecta para albergar vida, y agrega que «al menos dentro de una distancia de 100 años luz, no existen planetas como la Tierra», con condiciones óptimas para la vida (Davies 2010)⁸. 100 años luz es una distancia inconmensurable, entendiendo que el Sol, el cual se

encuentra a una enorme distancia de la Tierra (unos 149.000.000 de km), solo está a unos 8 minutos con 20 segundos, medida en términos de la velocidad de la luz.

El oxígeno atmosférico

Habría muchos ejemplos que citar acerca de lo especial de la Tierra, pero detengámonos en uno solo: el oxígeno atmosférico que nos permite respirar. El porcentaje de oxígeno del aire es aproximadamente un 21%. Y lo paradójal, es que este valioso gas para la vida ha permanecido constante en la atmósfera, a pesar del colosal uso de oxígeno en el último siglo, debido a la quema de combustibles fósiles por motores de combustión. Un solo vuelo de un avión intercontinental quema varios miles de litros de oxígeno, y en la actualidad, ya se han superado los 100.000 vuelos diarios en el mundo, a lo que hay que sumar todo el transporte terrestre y marítimo que también quema oxígeno al consumir petróleo u otro combustible.

Por otro lado, el proceso de fotosíntesis que realizan los vegetales (que genera oxígeno), ha disminuido debido a la fuerte deforestación y al daño en los ecosistemas marinos. ¿Cómo se explica entonces que se

haya mantenido constante el oxígeno atmosférico, incluso hasta el segundo decimal, durante todo el siglo XX (20,94% de O_2), y lo que llevamos del XXI? La única forma lógica y sabia de entenderlo es un control sobrenatural sobre la Tierra, por parte de Aquel que la creó para que la habitaran seres vivos que respiran, pero no solo la creó, sino que la sustenta con la palabra de su poder (Heb. 1:3).

No podríamos respirar si hubiese un descenso en la presión parcial de oxígeno en la atmósfera, y es lo que debiera estar pasando hoy, debido al excesivo consumo de oxígeno. Pero ello no ocurre, solo gracias a la intervención de Dios en la mantención del oxígeno adecuado para los seres vivos en la Tierra. Es necesario respirar profundo cuando uno reflexiona sobre este fenómeno, y agradecer al Señor por su control maravilloso sobre este planeta que nos dio para vivir.

Jugando a crear planetas

El cientificismo es irreflexivo y metodológicamente reduccionista, cree poder controlarlo todo, y crearlo todo, aún planetas en pequeña escala. Entre 1987 y 1991 en Arizona (EE.UU.), se llevó a cabo un gran pro-

yecto denominado Biosfera II (la Biosfera I es el planeta Tierra). Era como crear un segundo planeta Tierra en escala pequeña, totalmente aislado de la atmósfera. Eran varios domos enormes, herméticos, sin contacto ni intercambio de gases con el exterior. Se trataba de una especie de prototipo que se usaría posteriormente en Marte u otro planeta.

Dentro de los domos de la Biosfera II había plantas y también ocho científicos que quedarían encerrados por varios meses para ponerla a prueba. Las plantas producirían el oxígeno, y los científicos lo respirarían, y a su vez ellos liberarían dióxido de carbono que ocuparían las plantas por medio de la fotosíntesis.

Todo parecía perfecto, pero algo (o más de algo) falló. El oxígeno en el interior empezó a disminuir en un ritmo constante, desde un 20,9% inicial, hasta un 14,5% en 16 meses. Los científicos allí se estaban ahogando, y fue necesario inyectar en dos oportunidades grandes cantidades de oxígeno a la Tierra II, para que no fallecieran. Finalmente, terminaron abandonando el proyecto.

Científicamente no fue posible mantener constante el oxígeno en un ambiente tan pequeño como los domos. Sin embargo, la biosfera I, que es la Tierra, permanece con su porcentaje de oxígeno atmosférico invariable, a pesar de todo el colosal consumo. Cabría hacer aquí muchas preguntas, pero dejaremos planteada una sola. Cuando estos domos estén funcionando en Marte (si es que llegan alguna vez a hacerlo), ¿quién les socorrerá, alimentando sus sistemas con oxígeno, cuando les falle nuevamente el proceso?

Dios tiene el control sobre la Tierra y sus procesos

Los cambios que estamos viendo hoy en ciertas variaciones climáticas (no un cambio climático mayor), como alza de temperaturas, sequías, etc., en alguna medida ya fueron experimentados por al menos un par de millones de personas que atravesaron durante cuarenta años, áridos e inhóspitos desiertos, sin agua y sin alimentos. El éxodo del pueblo de Israel desde Egipto a Canaán está repleto de acciones sobrenaturales del Dios de la Biblia, mostrando una y otra vez que él tiene el control del funcionamiento terrestre.

El oxígeno en el desierto estaba asegurado, pero los problemas ambientales eran otros. Los mayores desafíos ambientales eran las temperaturas extremas (y adicionalmente la ausencia de agua y alimento).

Los desiertos se caracterizan por tener temperaturas extremas en 24 horas. En el día, la temperatura suele superar los 50° Celsius, mientras que, en la noche, puede descender varios grados bajo cero. ¿Cómo superar esto?

La Escritura nos dice en Éxodo 13 que Dios proveyó una columna de nube que les servía de guía y de protección del sol abrasador en el día, mientras que de noche se convertía en una columna de fuego para alumbrarles y también para darles calor. «*Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego*» (Éx. 13:22). Pero además del fino control ambiental sobrenatural en el desierto, Dios les proveyó de alimento y agua (Éx. 16:4 y 17:6).

De no haber controlado Dios la temperatura en el desierto (calentamiento extremo en el día y enfriamiento extremo en la noche), todo Israel habría muerto allí.

Este mismo Dios es el que tiene el control sobre este planeta hoy, y lo tendrá en tanto decida mantener la Tierra según sus propósitos eternos.

El calentamiento global está generando desviaciones en parámetros como la temperatura global, cambios en ciclos de precipitaciones, entre otros, pero estos cambios nunca podrán llegar a extremos que no permitan seguir viviendo en la Tierra, porque Dios sigue teniendo el control de ella, y porque fue una de las promesas que le hizo a Noé, después que destruyó a la Tierra y sus moradores en el juicio del diluvio universal (Gén. 8:22).

La maravilla del agua

Es cierto que la temperatura promedio de la Tierra ha aumentado en las últimas décadas y que hay mayor concentración de CO₂ en la atmósfera hoy que hace ochenta años, y que el CO₂ tiene cierto efecto invernadero, pero también es cierto que aún no conocemos bien cómo funcionan el ciclo del agua y de los gases. Por ejemplo, se nos ha repetido incesantemente que el responsable principal del efecto invernadero es el dióxido de carbono (CO₂), pero en realidad no lo es.

El principal responsable del efecto invernadero en la Tierra es el agua que está en la atmósfera, siendo responsable en alrededor de un 80%. Esta agua atmosférica está en forma de vapor y de nubes. Es por esto que en invierno un día nublado es más cálido que un día despejado, el cual resulta hermoso, pero mucho más frío.

El mundo secular ateo que estudia los ciclos biogeoquímicos de la Tierra, aún no logra explicar cómo es que nuestro planeta tiene tanta agua, pero agradecen que sea así, porque el agua está compuesta por moléculas maravillosamente diseñadas, con múltiples funciones para sostener la vida. Dentro de estas funciones está la gran capacidad del agua de regular la temperatura, debido a que tiene un alto índice específico de calor. Esto último hace que el agua sea un buen almacenador de calor, ayudando así a regular la temperatura del planeta y también de los organismos vivos.

Esta cosmovisión secular debe saber que no es casualidad que el ser humano al nacer tenga un 80% de agua en su cuerpo y que alrededor de un 70% de la superficie de la Tierra sea también agua. Tiene mucha lógica concluir que tanto la Tierra

como el cuerpo humano tuviesen un sistema de control de temperatura en base a un alto porcentaje de agua, ya que Dios fue quien los diseñó a ambos. La biología de los seres vivos requiere de márgenes estrechos de temperatura, y es precisamente el agua la encargada de mantener esos rangos estrechos, sin alteraciones mayores.

El ciclo del agua explica gran parte del funcionamiento de nuestro clima, pero todavía no entendemos muchos aspectos de él. Se han diseñado muchos modelos climáticos, pero ninguno de ellos ha podido predecir con precisión cómo las nubes afectan la temperatura de la Tierra.

Hace miles de años, Job reconoció este complejo fenómeno: *«He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos, ni se puede seguir la huella de sus años. Él atrae las gotas de las aguas, al transformarse el vapor en lluvia, la cual destilan las nubes, goteando en abundancia sobre los hombres. ¿Quién podrá comprender la extensión de las nubes, y el sonido estrepitoso de su morada? He aquí que sobre él extiende su luz, y cobija con ella las profundidades del mar»* (Job 36:26-30).

La cosmovisión secular atea, con su creencia de que nuestro planeta, perfecto para la vida, surgió por azar, tiene gran temor de que se alteren las condiciones climáticas que permiten la vida en la Tierra, y por tanto busca huir hacia otros planetas, porque este, supuestamente va a colapsar. Las discusiones y pronósticos sobre cambio climático y calentamiento global de los denominados expertos, seguirán en el mundo secular, junto a sus predicciones sobre el colapso de nuestro planeta.

No obstante, quienes somos creyentes en Cristo y su Palabra, siempre recurriremos al Experto por excelencia, a Aquel que diseñó la Tierra y sus climas, al Creador de todas las cosas, y en Génesis 8:22 tenemos su respuesta frente a la problemática que nos convoca. «*Mientras la Tierra permanezca, la siembra y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche, **nunca cesarán***».

Por tanto, lo absolutamente seguro es que las estaciones, los ciclos climáticos, las siembras y las cosechas seguirán hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, por enci-

ma de las variaciones y alteraciones planetarias que puedan existir, simplemente porque así lo establece la firme promesa de Dios en su Palabra.

Literatura citada.

1. Martínez, C. 2018. Coastal erosion in central Chile: A new hazard? *Ocean & Coastal Management*, 156: 141-155.
2. Figueres C., et al. 2017. Three years to safeguard our climate. *Nature*, Vol 546, pag., 593-595.
3. Cheng L., J. Abraham, Z. Hausfather, K. E. Trenberth. 2019. How fast are the oceans warming? *Science* Vol. 363, Issue 6423, pp. 128-129.
4. Rörsch A., R.S. Courtney and D. Thoenes. 2005. Global warming and the accumulation of carbon dioxide in the atmosphere: A Critical Consideration of the Evidence. *Energy & Environment*. Vol. 16, No. 1, pp. 101-125.
5. Jackson D. W. 2017. The Relationship between Atmospheric Carbon Dioxide Concentration and Global Temperature for the Last 425 Million Years. *Climate*, 5, 76; doi:10.3390/cli5040076.
6. Cook J. et al. 2016. Consensus on consensus: a synthesis of consensus estimates on human-caused global warming. *Environ. Res. Lett.* 11.
7. NASA 2017. Nasa's plans for human exploration beyond low earth orbit. Report No. IG-17-017.
8. Davies P. 2010. Un silencio inquietante. Editorial Planeta. 328 páginas.

* * *

Cartas de nuestros lectores

Aguas profundas

Su revista ha sido de bendición a mi vida y a otros con quienes comparto sus estudios. No tengo nada que ofrecerles, pero con gusto los bendigo. Que el Señor los ayude a sustentar este ministerio. Les pido de ser posible no nos priven de Aguas Vivas, que son aguas profundas, llenas de conocimiento. Dios bendiga su ministerio y su familia.

Saymí Cabanas (Cuba).

Ministerio de bendición

Su ministerio es de bendición para un sinnúmero de hermanos. Ustedes son una preciosa herramienta de nuestro Señor Jesucristo, alentando y dando palabra de parte de Dios. Cada tema llega en el justo momento. Espero continúen otorgando este anhelado nutriente que me ha sido de ayuda aún en la más famélica de las condiciones.

Dayana García (Cuba).

Equipando a los santos

Hace quince años conocí al Señor Jesús, y le sirvo con pasión y amor. Hace un año, estoy siendo nutrido poderosamente con la revista Aguas Vivas. Mi servicio ha cobrado otro matiz. Las revistas que tengo son todas del 2006 ha-

cia atrás, pero no dejan de ser impactantes para mí y para la iglesia donde estamos ministrando. Es una maravillosa oportunidad palpar esta gracia de Dios para el cuerpo de Cristo. Sin duda, es una herramienta poderosa para el equipamiento de los santos. El Señor les bendiga y continúe usándoles. Paz y gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Pr. Nelson Rodríguez (Cuba).

Bendiciones

Gracias por la revista Aguas Vivas. El Señor siga bendiciendo grande y ricamente este ministerio de bendición para la iglesia en muchas naciones. Que el Señor siga abriendo puertas y sustentando en todas las áreas esta labor gloriosa. Reciban un ósculo santo de la iglesia en Chihuahua.

Ramón Mauricio (México).

Gratitud a Dios

Una vez más agradezco a Dios por recibir la revista, sobre todo por la necesidad que tenemos de conocer y vivir el evangelio de nuestro Señor. Bendecimos a Dios por esta obra maravillosa y oramos que Su Espíritu les sostenga y les llene de su gracia superabundante.

Alexis Safont (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 97 · Mayo a Agosto 2020.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.